

## LA MONJA ALFEREZ

ALGUNAS OBSERVACIONES CRÍTICAS SOBRE SU HISTORIA.—NOTICIAS DES-  
CONOCIDAS ACERCA DE SU MUERTE

### I

Doña Catalina de Erauso, mas conocida con el nombre de *La monja alférez*, es uno de los tipos mas curiosos que presenta la España del siglo XVII. Su vida aventurera, sus campañas como soldado en la guerra de Chile, sus fechorías i pependencias en este país, en el Tucuman i en el Alto Perú, los homicidios que cometió, los peligros a que se espuso, se asemejan mucho mas a la novela que a la historia. Por esto mismo, se ha puesto frecuentemente en duda la existencia de esta mujer singular, i se ha creido ver en la narracion de sus hechos la obra de la imaginacion de algun novelista español.

No pretendemos hacer aquí la biografía de la monja alférez, que ha sido dada a conocer por escritores de verdadero talento literario, i con todos los encantos del estilo. Vamos solo a recordar los fundamentos en que descansa la historia de esta mujer aventurera, i a referir algunos detalles de su vida que fueron desconocidos a sus mas diligentes biógrafos.

Nacida en San Sebastian de Guipuscoa, en España, por los años de 1685 segun su pretendida autobiografía, i en 1692, segun la fé de bautismo que aparece en los libros parroquiales de aquella ciudad, doña Catalina de Erauso se fugó a los quince años del convento de monjas en que la habia encerrado su padre, recorrió una parte de España, se embarcó en San Lucar para América, se enroló en el Perú como soldado en un contingente de tropas que venia a Chile, hizo la guerra contra los araucanos, pasó al Tucuman despues de haber

cometido tres homicidios, i de allí al Perú, donde despues de haber corrido las aventuras mas estraordinarias i de ser condenada a muerte, fué libertada por el obispo de Guamanga, a quien reveló su sexo, oculto hasta entónces con el mas incontrastable secreto. A su vuelta a España en 1625, la historia de sus correrías despertó una gran curiosidad. El mismo sentimiento produjo en Roma, a donde pasó en 1626 para obtener del papa Urbano VIII el perdon de sus pecados.

Si la monja alférez hubiera existido en un siglo de publicidad como el nuestro, su vida hubiera sido escrita de mil maneras, i la prensa periódica habria revelado todos los pormenores necesarios para darla a conocer en sus menores detalles. La posteridad nó habria podido dudar de su existencia; pero a pesar de haberle tocado nacer en una epoca ménos propicia que la nuestra para darse a conocer, han quedado tales pruebas de sus hechos, que por mas que sea posible rectificar i corregir muchos detalles, no se puede poner en duda el conjunto de su historia.

En España se dieron a luz dos breves relaciones de su vida, entre los años de 1625 i 1629. Esas relaciones impresas como tantas otras en pliegos sueltos, suplian en aquel siglo a los periódicos de nuestros dias, se vendian en las calles para satisfacer la curiosidad del momento, i se perdian ni mas ni ménos como se pierden ahora los carteles de teatro o los anuncios de un remate. Los bibliógrafos de nuestro tiempo que han reunido con el mas obstinado empeño las relaciones de esta clase para buscar en ellas algunas noticias históricas, han encontrado a veces documentos mui interesantes, i han hallado los dos que se refieren a la monja alférez. No es imposible que en vida de ésta se publicaran otras relaciones que no han llegado hasta nosotros, o que permanecen desconocidas hasta ahora en esos montones de papeles de donde el ojo escudriñador de algun curioso suele desentrañar tesoros históricos o literarios.

El maestro Jil Gonzalez Dávila, que por nombramiento del rei fué cronista de Castilla i de las Indias, dejó escrita una *Historia de la vida i hechos del ínclito monarca don Felipe III*, que solo se publicó en 1660. En ella refieren sumariamente las aventuras de doña Catalina de Arauso, como él la llama, a quien vió con el traje de soldado, cuyas heridas examinó i cuyos hechos estudió en los certificados de sus capitanes.

Otro escritor italiano, Pietro della Valle, mui conocido por sus peregrinaciones en Turquía, Persia e Indostan, publicó entre otras obras una que lleva por título *Viaggi; descritti da lui medesimo in lettere familiari all' erudito suo amico Mario Schifano*; i allí refiere

que hallándose en Roma, vió el 5 de junio de 1626 al alférez Catalina de Erauso, i supo de ella misma la historia de sus singulares aventuras, que el escritor italiano refiere en compendio. La carta en que della Valle trata de este asunto lleva la fecha de 11 de julio del mismo año, i se encuentra publicada en la página 602 del tercer tomo de la edicion de Bolonia (1677) de dicha obra.

El doctor don Juan Perez de Montalvan, mas conocido por los hirientes epigramas de Quevedo que por sus obras dramáticas, compuso en 1626, cuando aquella se hallaba en Roma, una comedia titulada *La monja alférez*, en que están consignadas i referidas muchas de las aventuras de doña Catalina. La comedia se termina con estos versos que recita uno de los personajes:

Pues con aquesto i pidiendo  
Perdon, tenga fin aquí  
Este caso verdadero.  
Donde llega la comedia  
Han llegado los sucesos,  
Que hoi está el alférez monja  
En Roma, i si casos nuevos  
Dieren materia a la pluma,  
Segunda parte os prometo.

No cabe duda que Montalvan presentaba en el teatro sucesos verdaderos, mas o ménos conocidos en su tiempo, concernientes a un personaje que vivia en esa época en Roma, como aparece de la relacion del viajero italiano della Valle.

El célebre pintor sevillano Francisco Pacheco, el maestro de Velazquez, ha dejado un retrato de la monja alférez pintado en la ciudad de Sevilla en 1630. Se sabe que ese año pasó doña Catalina por esa ciudad con el fin de embarcarse de nuevo para América; de manera que esta nueva coincidencia confirma la noticia de su existencia.

Pero todos estos antecedentes históricos no eran conocidos sino por uno que otro curioso, i las aventuras de doña Catalina de Erauso, que debieron ser mui populares en la primera mitad del siglo XVII, habian caido en un olvido casi completo, cuando en 1829 se publicó en Paris un libro que lleva por título *Historia de la monja alférez, doña Catalina de Erauso, escrita por ella misma e ilustrada con notas i documentos por don Joaquin María Ferrer*. Este libro es la fuente de todas las noticias que los biógrafos modernos de la monja alférez han consignado acerca de la vida i aventuras de este curioso personaje.

El editor de este libro, don Joaquin María Ferrer, era un español, natural del mismo pueblo de San Sebastian, donde habia nacido doña Catalina de Erauso. Comerciante en el Perú, donde adquirió una fortuna considerable a principios de este siglo, sirvió tambien como capitán en el rejimiento de la Concordia, organizado en Lima por el virei Abascal para mantener la obediencia al rei de España. En medio de estas ocupaciones, conservó una grande aficion al estudio de las letras i de la historia españolas, de tal suerte que habiendo vuelto a la península fué nombrado en 1819 miembro correspondiente de la real academia de la historia de Madrid. La revolucion constitucional que estalló el año siguiente, lo contó en el número de sus parciales; i los compromisos contraídos entónces como miembro i como presidente de las cortes lejislativas, lo obligaron a emigrar a Francia a la época del restablecimiento de Fernando VII como rei absoluto. Residió en este pais como emigrado político hasta que la muerte del rei abrió en 1833 las puertas de la patria a todos los liberales desterrados i proscritos. Mas adelante, figuró todavía en las luchas políticas de España: fué senador del reino i uno de los mas firmes sostenedores del partido moderado o conservador. Durante su forzada residencia en Francia, se ocupó siempre en sus estudios literarios, i dió a luz en ediciones mui esmeradas i de una forma mui pequeña *El Lazarillo de Tórmes* de Hurtado de Mendoza (1827), *La Diana enamorada* de Gaspar Jil Polo (1827) i las *Rimas del licenciado Tomé de Burguillos* (Lope de Vega, 1828). Suya es tambien la hermosísima edicion en miniatura del *Quijote* hecha en Paris en 1827, i reimpressa despues en 1832. Despues de consignar estas cortas noticias del editor, pasaremos a hablar del libro (1).

La *Historia de la monja alférez* es formada por una relacion autobiográfica de la vida de doña Catalina de Erauso, escrita con estilo firme i fácil, que se estiende hasta 1826, cuando aquella mujer singular pasó por Nápoles de vuelta de su viaje a Roma. Los hechos están referidos en órden, con una gran claridad, sin pormenores innecesarios, sin jactancia, pero sí con una franqueza verdaderamente rara. Ferrer ha completado esta relacion con notas históricas i jeográficas que revelan conocimientos bastantes sólidos, i con documentos mui

---

(1) La edicion hecha por Ferrer en Paris va acompañada de un buen grabado en acero que reproduce el retrato de doña Catalina hecho en 1630 por Francisco Pacheco, i de la comedia de Montalvan ántes citada. En 1838 se hizo en Barcelona una nueva edicion de este libro.

importantes que prueban hasta la convicción que la existencia de la monja alférez no es como han creído algunos, una invención de novelista. Entre esos documentos aparece la fé de bautismo de doña Catalina tomada de los libros parroquiales de San Sebastian, su entrada al convento de religiosas dominicas, de que se fugó a la edad de quince años, i una solicitud conservada en el archivo de Indias i que fué presentada por ella a Felipe IV pidiendo un premio por sus servicios, así como las certificaciones de algunos capitanes que la conocieron en América i que declaran la efectividad de sus servicios. Entre estos documentos i la relacion autobiográfica hai, sin embargo, algunas discordancias en las fechas, en los nombres propios i en diversos pormenores. A pesar de estas diferencias accidentales, es imposible dejar de reconocer que todos estos documentos se refieren al mismo personaje, i mucho ménos poner en duda su autenticidad histórica.

Pero ¿la relacion publicada por Ferrer es realmente una autobiografía de la monja alférez? El editor la da como tal. Refiere al efecto que el manuscrito que tuvo a su disposición era una cópia tomada en Sevilla de otra copia mas antigua por el laborioso historiador del nuevo mundo don Juan Bautista Muñoz; pero en realidad nada autoriza a creer en esa autenticidad. La firmeza del estilo, la pureza i elegancia de la dición revelan una pluma mucho mas ejercitada de lo que debe suponerse la de la monja aventurera, a la cual no se pueden atribuir ni práctica de escribir ni gusto literario. Por otra parte, la abundancia de datos casi siempre acordes con los hechos i con los documentos históricos, la prolijidad en ciertos pormenores i el espíritu jeneral del libro, ajeno a toda pretension literaria i destinado al parecer solo a referir en toda su sencillez acontecimientos verdaderos, dejan ver que esa relacion no es del todo estraña a la misma doña Catalina. Por nuestra parte, i despues de haber examinado atentamente esa autobiografía comparando sus pormenores con los documentos históricos publicados por Ferrer i con los acontecimientos públicos a que se hace referencia, hemos llegado a creer que el libro atribuido a la monja alférez i publicado con su nombre, ha sido escrito no por ella misma, sino por alguno de los numerosos ingenios que en ese siglo daban brillo i esplendor a las letras españolas, i a quien doña Catalina referia ordenadamente sus aventuras. La sensación que en España debieron producir las singulares aventuras de este personaje, la curiosidad con que debieron ser leídas las dos reseñas biográficas que se dieron a luz durante su permanencia en la península entre 1625 i 1629, esplican de sobra el pensamiento de al-

gun escritor experimentado que quiso hacer una reseña completa de la vida de doña Catalina, dándole además las apariencias de ser escrita por ella misma, así como esa misma circunstancia explica el que el famoso pintor Pacheco hubiera pintado su retrato i el que el historiador Jil Gonzalez Dávila i el viajero della Valle se hubieran empeñado en conocerla i que hablen de ella como de una de las curiosidades de su tiempo. Esta manera de apreciar la autenticidad del libro publicado por Ferrer, explicaria tambien el fondo de verdad que reina en todo su conjunto i los errores que se notan en sus detalles, o mas bien las discordancias que hai entre la narracion i los documentos.

Despues de la publicacion del libro de Ferrer, la historia de la vida de la monja alférez es mucho mas conocida i popular de lo que era ántes. Casi todas las compilaciones biográficas destinan un artículo especial a doña Catalina de Erauso; pero ésta ha sido además objeto de estudios mas detenidos i prolijos.

El primero de todos por órden cronolójico fué un notable artículo crítico del libro de que acabamos de hablar, artículo escrito en frances por don Andres Muriel, eclesiástico español mui erudito, proscri-to entónces de España por *afrancesado*, es decir, por haber prestado sus simpatias i su apoyo al gobierno de José Bonaparte. Este artículo fué publicado en 1829, en la *Revue encyclopédique* (tomo XLIII, páj. 742-44). Muriel analiza el libro i los documentos publicados por Ferrer, recorriendo de lijera los principales hechos de la vida de la monja alférez.

En su número de 15 de febrero de 1847, la *Revue des Deux Mondes* publicó una estensa biografía de dona Catalina de Erauso, escrita por M. Alexis Vallon, literato frances mui aficionado a las letras españolas. Este ensayo, fundado sobre el libro publicado por Ferrer, que considera como una autobiografía auténtica de la famosa aventurera, tiene todos los atractivos del estilo; i aunque el autor se ha dejado llevar algunas veces por su imajinacion en ciertos detalles, el fondo jeneral de los sucesos tiene una gran verdad.

Veintidos años mas tarde, otro escritor frances mas distinguido i mucho mas conocedor de la historia i de la literatura españolas, que ha dado a conocer en varios libros mui interesantes, M. Antoine de Latour, publicó en la *Revue Britanique* de Paris (números de setiembre i de octubre de 1869) dos estensos artículos sobre la monja alférez. Hai en ellos una biografía prolija i llena de interes, la mejor sin duda de todas las que se han escrito, así como un estudio crítico de la comedia de Montalvan, de la autobiografía de doña Catalina i de

los documentos publicados por Ferrer (1). M. de Latour cree resueltamente que ese libro ha sido escrito por la monja alférez, cuyo carácter resuelto e impetuoso se imagina descubrir en el vigor i la concision del estilo.

Mui inferior a las dos anteriores es una corta biografía de la monja alférez publicada por M. Richard Cortambert en un libro que lleva por título *Les illustres voyageuses* (las ilustres viajeras, Paris, 1866, 1 v. en 8.º). En este brevísimo resúmen escrito de carrera i sin conocimiento cabal de los hechos, no se encuentran noticias para apreciar debidamente al personaje, i ni siquiera exactitud en la narracion.

Por último, señalaremos aquí otra biografía de doña Catalina de Erauso consignada por don Benjamin Vicuña Mackenna en dos cartas escritas en Málaga en diciembre de 1870, i publicadas en los diarios de Valparaiso i de Santiago. No es mas que una ojeada jeneral però comprensiva sobre la vida de aquel curioso personaje, a la cual se sigue una discusion crítica sobre la llamada autobiografía de la monja alférez. El señor Vicuña Mackenna, sin pretender tratar a fondo el asunto, pero en vista de las contradicciones históricas que se notan entre ese libro i los documentos que lo acompañan, i tomando en cuenta la seguridad i firmeza de estilo que suponen un escritor experimentado, no vacila en creer que la historia que se atribuye a la monja alférez es simplemente una superchería literaria, una novela mui divertida, en que se ha juntado artificiosamente la verdad con la invencion.

Entre la confianza ciega de Ferrer, de M. Vallon i de M. de Latour, i el escepticismo del señor Vicuña Mackenna, hai un término medio i por él optamos. Nosotros no creemos que la pretendida autobiografía haya sido escrita por la misma doña Catalina de Erauso; pero sí creemos que su autor habia recojido de ella las noticias que consignó en el libro, i que las escribió creyéndolas verdaderas. Solo así puede esplicarse la exactitud que resulta de la confrontacion de los hechos narrados allí con los sucesos i los nombres históricos que se mencionan. Los pocos errores que se hallan despues de hacerse esa

---

(1) Debemos señalar aquí un pequeño error de M. de Latour. Estractando el fragmento del escritor italiano della Valle, de que hemos hablado ya, supone que este viajero estuvo en América, i que aquí oyó hablar de la monja-alférez, a quien quiso conocer por esto mismo en Roma. Della Valle no estuvo nunca en América; i si tuvo curiosidad de ver a doña Catalina fué solo porque la fama de las aventuras de ésta se habia extendido hasta la India oriental.

confrontacion, se esplican fácilmente si se considera que el escritor que compuso el libro pudo comprender mal algunos de los hechos que se le referian, o no supo compajinarlos acertadamente.

## II

Todos los biógrafos de la monja-alférez llegan a cierto punto de su vida, i suspenden su trabajo declarando que los hechos posteriores son desconocidos, como lo son tambien la época i las circunstancias de su muerte. Ferrer publicó una partida de los libros de la casa de contratacion de Sevilla por la cual consta que doña Catalina, provista de un real permiso, se embarcó en esa ciudad para la Nueva España en 21 de julio de 1630; así como un certificado o declaracion del padre capuchino frai Nicolas de Renteria en que dice que por los años de 1645, siendo seglar, vió muchas veces en Vera-Cruz a la monja-alférez en traje de hombre, armada de daga i espada, que tenia una récua de mulas con que ganaba la vida conduciendo carga de Vera-Cruz a Méjico, que era conocida con el nombre de don Antonio de Erauso, que ella se habia dado, i que gozaba en el pais de cierta consideracion. Fuera de estas noticias, no se sabe mas acerca de su permanencia en Nueva España (1).

Lo que los biógrafos mas prolijos i eruditos de la monja alférez no pudieron descubrir, lo hemos encontrado nosotros por una obra del acaso. Una casualidad trajo a nuestras manos, entre otros papeles viejos, una vida de doña Catalina impresa en Méjico el año de 1653, por Hipólito de Rivera, mercader de libros. Consta de tres pliegos de papel comun, i cuenta en estilo natural i corriente los hechos de ese curioso personaje desde su nacimiento hasta su muerte. Esos tres pliegos impresos al parecer para satisfacer la curiosidad del momento, como las relaciones de que hemos hablado al principio de este artículo, o como los diarios de nuestro tiempo, han corrido la suerte de éstos, es decir se han perdido i destrozado, de tal manera que es raro el encontrar un ejemplar, aun incompleto. No hai en ellos un grande acopio de noticias biográficas, ni siquiera la mitad de las de que pueden recogerse en otras fuentes; pero contiene los únicos datos que sea po-

---

(1) Uno de los biógrafos de la monja-alférez, M. Alexis Vallon, sacando de su imaginacion lo que no encontraba en los documentos, supone que el padre Renteria refiere que él hizo el viaje de Sevilla a Vera-Cruz en el mismo buque en que iba doña Catalina, i que ésta desapareció misteriosamente al desembarcar, sin que volviera a saberse su paradero.



sible hallar sobre los últimos años i sobre la muerte de la monja alférez.

Aparece como un hecho cierto que doña Catalina, desde su arribo a Nueva España, estableció el negocio de trasportar mercaderías entre Vera-Cruz i Méjico i de acompañar a los pasajeros que querian hacer ese camino. A parte de la entrada que le producía este tráfico, gozaba de una pensión de 500 pesos anuales que le mandaba pagar el rei. Entre otros hechos que prueban que conservó su carácter arrogante i pendenciero hasta los últimos dias de su vida, se refieren los siguientes.

Un vecino de Vera-Cruz le encargó que acompañara a una hija suya que desde Jalapa debía trasladarse a Méjico a tomar el velo en un convento de monjas. Hízolo así doña Catalina: la jóven viajaba a su lado, a caballo i con el rostro cubierto con una careta. Al pasar por el pueblo del Pinar, el alcalde del lugar le salió al paso para descubrir si habia algun misterio en el viaje de la enmascarada. «¿Es acaso vuestra esposa esa jóven que os acompaña?» preguntó el alcalde.—«No es posible que lo sea,» respondió secamente doña Catalina. El alcalde mandó entónces en nombre del rei que la jóven se descubriera.—«Ni Su Majestad tendrá noticia de nuestro viaje, dijo la monja alférez, ni a su real servicio hace al caso quitarse o no la mascarilla, lo que no se ha de conseguir sino es pasandõ por dos balas que tiene este arcabuz.» I clavando las espuelas a su caballo, siguió su camino sin hacer mas caso del alcalde.

La jóven a quien acompañaba la monja alférez no tomó al fin el velo. Léjos de eso, se casó con un caballero principal de Méjico, pero conservó la amistad que habia contraído con doña Catalina, hasta que su esposo prohibió a ésta que visitase su casa. La monja alférez enfurecida por este desaire, escribió a aquel caballero un cartel de desafio. Este contestó diciendo que no era honroso medir sus armas con una mujer. El negocio habria concluido mal, tal era la rabia de la monja alférez, sin la intervencion de algunas personas de influencia, por cuya mediacion se reconciliaron, estrechando de nuevo su amistad. Mas tarde, doña Catalina salvó la vida a aquel caballero poniéndose de su parte en una ocasion que lo atacaban tres hombres.

En uno de los viajes que hacia entre Vera-Cruz i Méjico, la monja alférez cayó enferma en el pequeño pueblo de Cotastla, en las inmediaciones de Orizaba. Allí falleció cristianamente el año de 1650, a los cincuenta i ocho años de edad, segun su fé de bautismo, i a los sesenta i cinco segun la pretendida autobiografía. A su entierro asistie-

ron muchos vecinos de Orizaba i casi todos los eclesiásticos de esta ciudad. Sepultósele suntuosamente, i sobre su tumba hizo poner un epitafio honorífico el virtuoso Palafox, obispo de Puebla. El piadoso biógrafo tiene el cuidado de agregar que doña Catalina tenia por costumbre el rezar todos los dias lo mismo que rezan las religiosas profesas, que ayunaba toda la cuaresma, los advientos i vijilias, que se aplicaba todas las semanas tres disciplinas, los lunes, miércoles i viernes, i que oia misa diariamente.

Tal fué hasta sus últimos años la monja alférez, verdadero tipo de español del siglo XVII, mezcla de devocion i de espíritu de aventuras i de pendencias.

DIEGO BARROS ARANA.

---

---

## PRACTICAS PARLAMENTARIAS

---

Los escasos resultados que para el bienestar material i político del país, producen los trabajos del Congreso Nacional desde largos años atras, llaman la atencion pública i han preocupado a la prensa.

Muchas de las observaciones i remedios que se proponen i aconsejan son, a nuestro juicio, poco meditados.

Se encuentra la causa del mal en la prolongacion de los debates sobre cualquiera materia, i, aun cuando no se ha dicho, se deja entender, que las minorías tienden deliberadamente a entorpecer todos los buenos deseos de las mayorías, para desprestijiarlas.

Se ha recomendado como medio de salvar el mal, el poner tasa a la facultad de usar de la palabra.

Este es un espediente que puede ser mui halagüeño para los victoriosos de la época, pero tambien puede llegar un dia en que se vuelva en su contra.

Entónces se sentiria hasta qué punto es peligroso tomar en política medidas de coaccion para que el ruido del descontento no incomode a los felices.

Pero sin tomar en cuenta este inconveniente de egoismo, no se podrá negar que los atacados por semejante medida, encontrarian caminos para barrenarla i hacerla estéril, lo que conseguirian, puesto que ella solo tenderia a llevar un cambio a la forma, por decirlo así, de manifestarse la accion de los partidos, en la política, i no al fondo del asunto.

El mal es fundamental i proviene de los medios de proceder. No depende de la mayor o menor locuacidad de los hombres que juegan en la política.

Otro medio que se ha indicado tambien es el de dictar las leyes en

cuanto estuvieran de acuerdo los diversos colores políticos, sin perjuicio de llevar adelante sus trabajos para obtener la mayor amplitud deseada en la lei o leyes de que se trate.

Aparte de que este expediente es capaz de producir una confusion tal en nuestra organizacion legal llegando a revestirla de un verdadero traje de polichinela, no seria conducente para los fines con que se propone.

Debatida por ejemplo la reforma electoral i llevada a efecto en una pequeña parte, quedaria siempre en debate la cuestion electoral, sin que llegara nunca a ceder su lugar a otras de diverso jénero dignas de reclamar la atencion pública. Resultaria que aplazándose la solucion de todos los puntos de interes político o social, por fuerza habria de llegar el pais a una época tal de plétora i aglomeracion de cuestiones, que pudiera llevarlo a la revolucion.

No son pues estos medios los que deben emplearse para la enmienda de un mal que toma proporciones colosales.

Si hubiera de recurrirse a cualesquiera de ellos como sistema, seria necesario renunciar al parlamentario, i reconocer que es inadecuado para el gobierno de los paises.

En efecto, si hubiera de llegarse a poner tasa a la manifestacion de las opiniones i a la espresion de los pensamientos de los representantes de la nacion, valdria mas no tenerlos, así como si para llegar a formarse la ilusion de que se trabaja, fuera necesario aplazar la solucion de las cuestiones sociales i políticas, i formar leyes de jirones incongruentes i disconformes, seria preferible buscar otros resortes de gobierno mas adecuados para conseguir el bienestar nacional.

No creemos que las indicaciones que se han hecho i que hemos analizado tan a la lijera, se consideren por sus autores como adherentes indispensables del sistema parlamentario. Es evidente que han notado un mal que todos observan, i han indicado el medio transitorio de evitarlo.

Sin embargo, como hai error en el procedimiento, lo ha habido en los resultados.

Debe estudiarse el oríjen i alcance de un vicio para poder encontrar un remedio.

En este artículo analizaremos nuestras costumbres parlamentarias i políticas procurando encontrar en ellas el oríjen de la esterilidad de nuestros congresos.

La manera de proceder es sin duda el primer inconveniente.

Entendido el precepto constitucional como lo aplica el reglamen-

to interior de la Cámara de diputados, no puede esta entrar en sesión sin la presencia de la mayoría de sus miembros.

Como éstos con alguna frecuencia no concurren a las sesiones en que se han de discutir asuntos que no les interesan, o que no conocen, pasan los períodos ordinarios de sesiones sin obtener número sino en la mitad de las reuniones.

Creemos que el precepto del artículo 54 de nuestra Constitución no sería un obstáculo para dividir las sesiones que hubieran de celebrar las Cámaras en dos órdenes. En sesiones de comisión i sesiones solemnes.

Se podría disponer que la primera discusión de las leyes tuviera lugar constituida la Cámara en comisión, con los miembros que concurrieran, cuyas sesiones serían públicas como las ordinarias.

Los legisladores tomarían parte en el primer debate de las leyes que les interesaran o cuyos precedentes conocieran, sin que la ausencia de los indiferentes o poco conocedores del asunto, fuera un obstáculo para el trabajo.

En la sesión de comisión debería darse la forma definitiva de la ley que hubiera de presentarse para ser aprobada en la segunda discusión, que se haría en sesión solemne.

Hoy sucede que la primera discusión de una ley, principalmente de las que tienen muchos artículos, se reduce a su lectura i aprobación tácita, haciéndose cuando más ligeras observaciones para pedir la segunda discusión.

Es durante ésta cuando propiamente se discute la ley, aconteciendo algunas veces que en ella se notan defectos i errores que no es posible subsanar en otra discusión, recurriéndose para salvarlos al arbitrio de mandar de nuevo a comisión el proyecto.

Este expediente no es de los más convenientes por las morosidades a que da lugar, ni da mérito para apreciar en mucho la seriedad de los debates ni el prestigio de una Cámara.

Así, pues, volviendo a nuestra idea, debiendo dar en la primera discusión la forma definitiva a la ley, los legisladores harían en ella todas las observaciones necesarias, i se pondrían de acuerdo en el fondo i en la redacción.

En la segunda discusión, presentándose redactado el proyecto, se harían alteraciones, pero sería muy raro que nadie repitiera observaciones ya presentadas i rechazadas, i mucho más que hubiera alguien que no habiendo concurrido a la comisión, indicara nuevas formas o nuevas ideas.

La observación que acabamos de hacer no es nueva i se ha insinua-

do alguna vez en la prensa. Sin embargo es mui notable que no se haya hecho atencion en ella, siendo como es la mas aceptable, por ser la mas adecuada al sistema parlamentario.

No habria que recurrir en su empleo, ni a limitar el derecho de hablar, ni mucho ménos a dictar las leyes por porciones, como se ha indicado.

Otra razon del mal actual i mui notable, puesto que depende exclusivamente de la voluntad de los hombres de Estado, es el desórden con que se dirijen los debates i se procede en el trabajo.

Es mui comun que cada Cámara discuta a la vez tres i cuatro proyectos de lei.

Divididas las sesiones en dos horas o partes, se discuten las políticas en una, i las administrativas en otra.

Como las Cámaras trabajan de dos i media a tres horas, tres dias de la semana, solo pueden dedicar hora i media cada dia, a cada una de las materias.

En hora i media los lejisladores entran a hacerse cargo de nuevo de los antecedentes que sirven de base al proyecto que se discute, i cuando proceden con pleno conocimiento de causa i sin necesidad de repetir cosas ya dichas i observadas, tienen que abandonar el trabajo entrando en otras materias distintas, para repetir la misma operacion de espíritu ya referida, sin que puedan nunca aprovecharse de la facilidad de intelijencia i de llegar a ponerse de acuerdo, que produce el haber discutido largamente un asunto i el haberlo considerado sin interrupcion.

Cuando vuelven a ocuparse de una lei ya analizada en parte, hai necesidad de reproducir, o por lo ménos de recapitular lo ya dicho, para tomar de nuevo un hilo abandonado.

Este defecto de lójica en las discusiones salta a la vista de todos, i es mui singular que no se corrija, que a ningun presidente de Cámara se le haya ocurrido hacer lo que se hace hasta en los asuntos mas triviales de la vida: no entrar a tratar un negocio, hasta haber concluido el que se tenia entre manos.

No queremos recurrir a ejemplos para manifestar cuantos proyectos de lei de la mas alta importancia están discutiéndose desde años atras, por no haberles prestado atencion continuada por distraerla en asuntos de menor importancia, de los cuales muchos tambien están aplazados.

Es de notar como fuente de este mal la disposicion reglamentaria que ordena dar preferencia en la discusion, a los proyectos del Ejecutivo. Es tan estrictamente cumplida que se abandona cualquiera otro asunto por discutir esos proyectos.

No encontramos razon en esa disposicion, puesto que el orijen de donde proceda una idea no puede ni debe ser motivo para calificar su urgencia. El Ejecutivo tiene como los diputados i senadores derecho de iniciativa, i no hai motivo para dar a ese derecho un privilejio.

Ese privilejio ha sido causa de que en muchos años solo se dicten las leyes que el Ejecutivo quiere, a tal punto que es de dudar si solo a él está reservada la iniciativa.

El Ejecutivo puede así embarazar a su capricho, i embaraza efectivamente, la discusion de proyectos de lei que pueden no estar conformes con sus deseos, o que no representen sus intereses.

Es necesario, es cierto, dar atencion a las medidas propuestas por aquel, pero la urgencia dependerá de la naturaleza misma del proyecto, i sobre todo al gabinete corresponde proponer esa urgencia.

Por este medio se conseguiria otro fin mui saludable, cual seria colocar al gabinete con mas frecuencia al alcance de los votos parlamentarios. Los ministerios no pueden tener vida lejítima i democrática sino miéntras estén en perfecto acuerdo con la mayoría de los representantes del país, cuyo acuerdo debe constatarse momento a momento.

La declaracion de urgencia o preferencia en la discusion de un proyecto, seria siempre una cuestion de gabinete, que nos salvaria de otras que son perjudiciales i estériles para los intereses del país, i de las que nos ocuparemos mas adelante.

La sencilla reforma en los reglamentos de las Cámaras en las disposiciones de que venimos hablando produciria grandes bienes.

Estableciendo la unidad i continuidad de los debates sobre un proyecto, se aprovecharian todas las pequeñas circunstancias i facilidades que presta el análisis continuado de un punto para llegar a término en su dilucidacion.

Suprimiendo la preferencia de los proyectos del Ejecutivo en la discusion, llegaria a alcanzarse la ventaja mui trascendental de colocar al gabinete en situacion de pedir como cuestion prévia la discusion de los proyectos emanados de él i que creyera urgentes, así como se daria mayor accion a la iniciativa de los lejisladores que está hoi reducida a la inutilidad, a consecuencia de que apénas hai tiempo para analizar proyectos, muchas veces sin importancia, del Ejecutivo.

Hemos tratado hasta aquí puntos que pudieran considerarse como

de mera forma en el procedimiento parlamentario. Ahora abordaremos la cuestion bajo el aspecto mas sério que tiene i es en cuanto depende la poca eficacia del sistema entre nosotros, de la accion de los partidos.

En Chile el partido victorioso no concede participacion alguna en la direccion de los negocios públicos al partido vencido. Tal es lo que se ha practicado siempre i bajo todos los sistemas.

Esta observacion no tiende por cierto a sostener que el partido que gobierna no dé a la administracion i la política el tono que le inspiren sus principios e ideas. Seria mui contrario al espíritu republicano el sostenerlo.

Si los pueblos elijen a ciertos hombres para gobernar i representarlos i dan la victoria a un partido sobre otro, debe suponerse que la base de su decision es el deseo de ver realizar las ideas de los victoriosos.

¿Pero debe ser absoluta esa accion? Que las oposiciones son un elemento indispensable del gobierno republicano es un punto en que están todos de acuerdo, pero para que ese elemento juegue su rol de gobierno es necesario que tenga su accion fija i desembarazada.

Como la representacion oficial, por decirlo así, de las oposiciones, está en el Congreso, es a esa representacion a la que mas directamente debe permitirse la lejítima influencia que corresponde al grupo que representa.

Pues bien, a pesar de que lo que dejamos dicho no puede ser una novedad para nadie, jamas hemos visto en nuestro país una oposicion parlamentaria que sea respetada en sus derechos i accion.

Los felices se han imaginado siempre que nadie puede ni debe estar descontento, i mucho ménos decirlo o manifestar su disgusto.

De allí i solo de allí, cierta actitud intransijente i absurdamente hostil que han asumido todas las mayorías.

Se ha protestado contra las oposiciones hasta haciendo a su alrededor el vacío. Se han hecho protestas de secretaría retirándose a ella todos los lejisladores de mayoría.

Se ha murmurado de todos los oradores en todo sentido i hasta se ha pretestado para no oirles sus cualidades de diction i su manera, a tal punto que no creemos haya existido en Chile orador ninguno de oposicion digno de ser oido por mayoría alguna.

De esta actitud de los partidos victoriosos en la Cámara, ha nacido un mal grave i singular, pero necesario. Ha habido épocas en Chile en que ha sido acto de oposicion el hacer discursos prolongados.

En la memoria de todos está la frase con que inició un diputado de



oposición un discurso en circunstancias que se había dado un cuadrillazo de mayoría a una mínima minoría, declarando permanente sin urgencia alguna, una sesión. «Ya que se nos sitia por hambre, dijo, he de hablar hasta que me canse», i habló durante dos horas.

Pero no es eso solo. Las minorías que no han encontrado jamás ni las consideraciones de la buena educación en las mayorías, han debido buscar otro fin a su acción; han buscado en el país, en la opinión pública, lo que no les daba la opinión ni la atención de sus colegas. Por eso sus miembros han hecho repetidas veces largos discursos de análisis de la política del Ejecutivo, que habrían abreviado de seguro si hubieran encontrado, no decimos apoyo, discusión solamente.

La actitud de los gabinetes es la causa de la actitud de las mayorías.

Los ministros de Estado han considerado siempre ofensiva toda proposición que no fuera muy de su satisfacción personal, i han mirado con enojo hasta el que se la someta a votación.

Los ministros de Estado han mirado aun con desconfianza toda indicación que no tuviera su origen en los bancos ministeriales. Con cuánta mayor razón habrán exigido la estricta adhesión de sus partidarios a todo lo que ellos dicen.

La infalibilidad ministerial es un dogma político en Chile, en el que creen a ojos cerrados, no solo los partidarios, sino, lo que es más raro, hasta los mismos ministros de Estado!

De esto ha nacido una situación violenta para las oposiciones.

En cada proposición hecha por alguno de sus miembros encuentran siempre una cuestión de gabinete. La delicada vanidad ministerial entre nosotros no permitiría la adopción de una medida indicada por el contrario.

Haciendo la vanidad cuestiones de gabinete a cada paso, arrastra naturalmente los debates a un terreno que no es el más claro para la expedición tranquila de los negocios.

¡Cuántos ejemplos diarios podríamos citar para corroborar lo que decimos!

Ha habido legislaturas en que no se ha dado un solo paso en bien del país por esas pueriles i estériles cuestiones de gabinete.

Por otra parte, en nuestros parlamentos no se ha permitido desde largos años atrás el análisis detenido i razonado de la política del partido dominante.

Desde que se suprimió la costumbre de dar contestación al mensaje del Presidente de la República, no hai un momento que dedicar a ese estudio, que debe ser hecho con tanto método i orden.

Suprimida esa costumbre bajo pretestos que analizaremos en otra

ocasion, las oposiciones no han podido renunciar a una inspeccion que tienen derecho de hacer, i que deben hacer para que su accion en el gobierno del país tenga su rol. Han recurrido a las interpelaciones.

Nada ha ganado el país con que la revista de la política no se haga metódicamente, i pierde en cuanto al tiempo que se la dedica. Los partidos victoriosos, nada ganan tampoco con mantener excitada la opinion pública por prolongados meses, cuando la excitacion podria durar dias.

La revista política se hace siempre con ménos método i ménos provecho que lo que se haria si el Congreso respondiera a la palabra presidencial.

Las interpelaciones sucesivas proporcionan el medio, volviéndose en ellas sobre puntos ya discutidos i repasados en otras.

Seria, pues, mui conveniente al buen órden de los trabajos que se restableciera la costumbre de contestar al mensaje presidencial, para dar a la intervencion de las oposiciones mas eficacia en bien del país, ofreciéndoles oportunidad de hacer oír su palabra con mayor serenidad, con mas método, con mas brevedad i sin tanta insistencia.

Seria mui saludable que concluyeran los cuadrillazos, i que las mayorías i gabinetes tuvieran una idea mas precisa de los derechos i rol de las minorías.

Otra causa de la esterilidad parlamentaria nace de la organizacion de los partidos, asunto que merece ser tratado especialmente.

Junio 10 de 1872.

DEMETRIO LASTARRIA.

---

---

## ESTIMULANTES

---

«Piensa para estimularte, estimúlate para mejorarte,»—me dije en el día sin aurora de la infancia, i desde entónces voi pensando, voi pensando.

Van pesando, van pesando los pensamientos en el cerebro, i acojo con avidez la ocasion de descargarlos.

El papel me la ofrece, i la aprovecho.

Han salido unas veces para el libro; otras veces para el diario; algunos en la conversacion.

Otros no salen. Los sentidos, los sentimientos, la razon, los toman de la realidad i los encierran: esos son, esos son, los que mas pesan.

Esos, los que—mezclados con pensamientos que he pensado para el mundo,—van aquí.

\* \* \*

No tengan tus acciones censor mas severo que tú mismo, i serás un juez insobornable de los otros.

\* \* \*

No juzgues a los demas por el juicio que de ellos formen otros hombres ni por el que hayan formado de tí mismo, i serás justo.

\* \* \*

Cuando no puedas ser justo por virtud, sélo por orgullo.

\* \* \*

Si quieres saber lo que es justicia, déjate perseguir por la injusticia.

\* \* \*

Allá van, ola tras ola, precipitándose las aguas contra el buque. Ya ha zozobrado el buque; ya su tripulacion ha perecido, i aun se mece tranquilamente sobre la superficie furiosa de las olas, la gabiota. Esa tranquilidad de la gabiota en esa desesperada intranquilidad del mar, es la justicia.

¿Has visto brotar de esas tinieblas del cielo la luz de ese relámpago, i aun no sabes definirte la verdad!

\*  
\* \*

Como el calor es una forma del movimiento en la dinámica celeste, la verdad es una forma del movimiento en la dinámica intelectual.

\*  
\* \*

Hai una lei de atraccion universal, que así rije las ideas como los astros. Hai una verdad de inmediata observacion para tí mismo: eres tú mismo. Conócela, i la lei de atraccion revelará las otras.

\*  
\* \*

Hermosísima noche en la ciudad! Velan los astros allá arriba; duermen los humanos acá abajo. Los astros son muchos, i una sola es la luz que de ellos llega: muchos son los humanos, i una sola es su vida colectiva: lei de unidad para arriba i para abajo.

\*  
\* \*

¿Quieres estar completamente solo? Asómate acompañado a oír el ruido de las olas bulliciosas.

\*  
\* \*

¿Quieres estar acompañado? Asómate solo a tu alma silenciosa.

\*  
\* \*

Ser hombre es la cosa mas extraordinaria de las cosas ordinarias de este mundo.

\*  
\* \*

Hai hombres completos e incompletos.

\*  
\* \*

Si quieres ser hombre completo, pon todas las fuerzas de tu alma en todos los actos de tu vida.

\*  
\* \*

De los hombres a *el hombre* hai la misma distancia que del orangutan al hombre. Los hombres son orangutanes con razon. *El hombre* es una razon que ha vencido al orangutan.

\*  
\* \*

Cuanto mas conozco a los hombres, mas me espanta la diferencia que hai entre lo que son i lo que deben ser.

\*  
\* \*

Considera a los hombres como niños, para que siempre ilumine la sonrisa de la benevolencia tu semblante.

\*  
\* \*

Todos los hombres son buenos cuando no están delante de una pasion, de un interés o de un error.

\*  
\* \*

Presta tu luz a los ciegos.—¿Por qué han de irritarte las maldades de los hombres, si no son mas que ceguedades?

\*  
\*  
\*

¿Hombres honrados? Los cuento a millares. ¿Al hombre honrado? Tengo que contarlos con los dedos. Hombres honrados son los que preparan su vida de tal modo, que solo vean los demas lo que es honroso. El hombre honrado es el que muestra siempre toda vida.

\*  
\*  
\*

La vida es el cumplimiento de un deber.

\*  
\*  
\*

Vivir es subir la Cordillera de los Andes: cuanto mas se sube, mas insondables son los precipicios.

\*  
\*  
\*

Miéntras mas te duela la vida, ámala mas. Espíritu i materia sufren más cuanto mas grandes: observa los cataclismos de los Andes: estudia la biografía de Colon.

\*  
\*  
\*

¿Quieres vivir con las jeneraciones que vendrán? Mata tu voluntad i retírate a la soledad de tu conciencia.

\*  
\*  
\*

¿Quieres vivir con tu jeneracion? Pues elije entre tu voluntad i una pistola.

\*  
\*  
\*

La voluntad es la mitad del hombre social.

\*  
\*  
\*

La voluntad es una facultad esencialmente perversa. Por eso es necesaria la libertad, porque siendo malo el instrumento lo obliga la razon a hacer el bien.

\*  
\*  
\*

La voluntad es la facultad humana mas próxima a las facultades animales, porque es el instrumento del instinto.

\*  
\*  
\*

Misteriosa unidad de las especies! No estás solo en la identidad de los embriones i en la semejanza aparente i patente de las formas! Estás tambien en las afinidades de los seres. Como has producido el instinto de conservacion en los irracionales, has producido la voluntad instintiva en los tontos: débiles sin voluntad instintiva i sin instinto, los tontos i los irracionales se conservan por la incapacidad en que están de obedecer a otro móvil que la conservacion de su existencia.

\*  
\*  
\*

Los tontos no son seres libres porque no son seres de razon.

Los tontos i los astutos son compañeros de viaje en este mundo.

\*  
\* \*

Los tontos son cómplices de todos los delitos del astuto.

\*  
\* \*

Cuando un astuto formula las ideas de los tontos, agacháos! que se anuncia una tempestad intelectual.

\*  
\* \*

La ignorancia es tan malvada como la misma maldad.

\*  
\* \*

La verdad i el bien siguen un mismo camino. El que busca la verdad, encuentra el bien.

\*  
\* \*

Una negra loca se me acercó i me dijo sentenciosamente: «Resístete a tí mismo, i vencerás.» Desde entónces, cada vez que veo perseguida a la virtud, me lo esplico: es negra, i la desprecian; es loca, i la escarnecen.

\*  
\* \*

La virtud es un poder, i el poder hace ambiciosos. Quisiera que todos los hombres tuvieran la ambicion de la virtud.

\*  
\* \*

De todos los placeres que conozco, no conozco ninguno comparable al de sentirse capaz de la virtud.

\*  
\* \*

El amor es un instinto, una pasion i una virtud. Instinto, enferma; pasion, debilita; virtud, fortalece.

\*  
\* \*

Casi todos los seres racionales aman; pero casi ninguno sabe amar.

\*  
\* \*

Casi todos los hombres aman como bestias; muchos aman como fieras; pocos aman como hombres.

\*  
\* \*

El amor instintivo busca el placer que enerva; el amor apasionado busca el deleite que enajena; el amor virtuoso encuentra la armonía que buscaba.

\*  
\* \*

Sale del puerto el lijerísimo velero. Es casco, jarcias, velas. Ya el casco se borra en la distancia; ya se borran las jarcias; ya se borran las velas. Los afectos inconstantes son el barco: son casco, jarcias, velas. La distancia devora el casco; la distancia devorará las jarcias; la distancia devoró las velas.

\*  
\* \*

Sin idiomas no habria sociedad. Las pasiones son necesarias en el mundo, porque son el lenguaje comun de los deseos.

\*  
\* \*  
\*

Ayer monté a caballo. Era fogoso: enarcó la cerviz, dilató los ojos, herizó la crin, tendió la cola, tascó el freno, espumó, piafó, saltó i se lanzó al escape. Luché por contenerlo hasta postrarlo. Lo postré, i quedé postrado.—Símbolo de muchas existencias. El caballo era la pasion desenfrenada: era yo la razon enfrenadora: se desenfrenó el caballo, enfrené yo, i cuando la pasion se hubo calmado, ya solo quedó la postracion en la existencia.

Valparaiso, mayo 20 de 1872.

EIJENIO MARÍA HOSTOS.

---

---

# DON GARCIA HURTADO DE MENDOZA

## I

### DON ALONSO DE ERCILLA I ZÚÑIGA

---

El año de 1558, se encontraban en Chile dos jóvenes españoles, que no contaban todavía el uno veinte i tres años, i el otro veinte i cinco.

Los dos, aunque por distintos títulos, debian ser insignes, tanto entre sus contemporáneos, como en la posteridad.

Se llamaban el uno don García Hurtado de Mendoza, i el otro don Alonso de Ercilla i Zúñiga.

Los dos eran mui esclarecidos por la antigua nobleza del linaje.

La familia de Hurtado de Mendoza tenia por tronco a uno de los compañeros de don Pelayo, entre el cual i el joven don García podian contarse veinte i siete jeneraciones, sin que una sola fuese desconocida.

La prosapia de Ercilla era tambien mui ilustre.

Los anchos muros del solar de Ercilla, segun él mismo lo asevera, habian sido fundados junto al puerto de Bermeo, ántes que la villa de este nombre, cabeza del señorío de Vizcaya.

Por raro acaso, la situacion que en aquel entónces ocupaba don García Hurtado de Mendoza era comparativamente tan superior a la de Ercilla, como, corriendo el tiempo, la reputacion del segundo habia de aventajar a la del primero.

A pesar de sus cortos años, don García Hurtado de Mendoza, «el venturoso en hazañas,» segun el calificativo que le aplica un literato



moderno español, se habia señalado ya en la guerra, habiendo asistido a las tomas de San Florencio, San Bonifacio i la Bastida durante una reciente campaña en Córcega, i a la derrota de Pedro Strozzi, junto a Sena.

Para acrecentamiento de su naciente fama, estaba desplegando como gobernador de Chile un valor i una prudencia singulares a fin de domar la rebelion del soberbio Arauco.

Hacia la época a que me voi refiriendo, se aproximaba ya a poner feliz remate a esta empresa, que los reveses de sus antecesores i sucesores habian de presentar como altamente dificultosa.

Don Alonso de Ercilla i Zúñiga, simple soldado aventurero, aunque lleno de brios i ansioso de gloria, se encontraba en condicion harto mas modesta, habiéndose mostrado con él la fortuna ménos risueña i pródiga de sus favores.

Sin embargo, aquel jóven militar llevaba en su mochila un legajo de papeles i de cueros, que habia de inmortalizarle, haciendo que su nombradía eclipsara la de su entónces tan acatado jefe don García Hurtado de Mendoza.

Don Alonso era poeta, i sobresaliente poeta.

En medio de las vicisitudes i fatigas de la guerra, entre combate i combate, en los descansos que seguian a las marchas, en los ocios forzados de las guarniciones, consignaba en sonoras octavas lo que estaba sucediendo en el país, i lo que él mismo ejecutaba.

Habiéndole faltado mas de una vez el papel conveniente para escribir, lo habia suplido con el primer material adecuado al objeto que se le habia venido a las manos, con pedazos de cuero o de cartas, algunos tan pequeños, que apénas cabian en ellos seis versos.

¡En tan pobres pañales, se envolvió la mas notable composicion épica de la literatura española!

Probablemente, Ercilla, por profundo que sea siempre el afecto de un padre a sus hijos, i de un poeta a sus producciones, estaba mui distante de presumir entónces que aquellas octavas conservadas en fragmentos de papel o de pergamino habian de procurarle, ya que no la riqueza de que habia menester, la inmarcesible gloria que ambicionaba.

Habiéndose recibido a entrada del verano de 1558 la noticia del advenimiento de Felipe II al trono, el gobernador don García Hurtado de Mendoza, que se hallaba en la Imperial, ordenó que se celebrara con juegos de sortija, de cañas i de estafermo la proclamacion del nuevo soberano.

El mismo don García salió a la fiesta, acompañado de varios ca-

balleros, entre los cuales se distinguian don Alonso de Ercilla i Zúñiga i don Juan de Pineda.

Los dos últimos, por cierta cuestion de etiqueta, echaron manos a las espadas, i se acometieron furiosos, sin consideracion a la presencia del gobernador.

Hurtado de Mendoza, que era mui altivo i arrebatado, los hizo prender, mandando que sin tardanza les cortasen las cabezas.

Sin embargo, algunas personas, que interpusieron sus ruegos e influencias, lograron que el riguroso don García conmutara en otra la pena de muerte impuesta sin bastante fundamento a los dos jóvenes conquistadores.

Ercilla, que era poco aficionado a hablar de sí mismo, ha aludido en su poema a este desagradable incidente, aunque sin la especificacion que habria sido de desear.

Declara que su delito

.....fué solo poner mano a la espada,

Nunca sin gran razon desenvainada.

Lo califica irónicamente de *enorme*, i agrega que fué *exajerado*.

Censura la precipitacion del gobernador, a quien llama *mozo capitán acelerado*, diciendo que fué tanta,

Que estuvo en el tapete, ya entregada

Al agudo cuchillo la garganta.

No vacila en reprobar por *injusta* la sentencia de muerte pronunciada contra él por don García Hurtado de Mendoza, i por *impertinente* la prision en que esa sentencia fué conmutada.

Un cronista contemporáneo, el capitán Alonso de Góngora Marmolejo, ha narrado con detalles esta aventura del insigne poeta.

Voi a esponer cómo ocurrió el suceso, si nos estamos al testimonio de aquel antiguo escritor.

Don García Hurtado de Mendoza quiso tomar parte, disfrazado i cubierto el rostro con una máscara, en los juegos de sortija de que ántes he hablado.

Al efecto salió de su casa, acompañado de varios caballeros principales.

Los mas de ellos marchaban adelante del gobernador.

Junto a él iban don Alonso de Ercilla i Zúñiga i Pedro de Olmos de Aguilera.

Un caballero llamado don Juan de Pineda, que venia detras, trató de abrirse paso por entre Ercilla i Olmos de Aguilera.

Ercilla, que advirtió tal propósito, trató de impedirselo, acometiéndole espada en mano.

Pineda correspondió ataque por ataque.

Considerando esta contienda como un desacato a su persona, el iracundo don García tomó una maza que llevaba colgada del arzon de la silla, i dió con ella a don Alonso dos tremendos golpes en un hombro.

Tan luego como los dos agresores percibieron la furia del gobernador, corrieron a asilarse en una iglesia.

Pero el implacable don García mandó que los prendiesen sin respetar la inmunidad del lugar sagrado, i que al punto les cortasen las cabezas al pié de la horca.

Encargó la ejecucion de estas órdenes a don Luis de Toledo; i a fin de evitar las solicitudes de perdon, fué a encerrarse en su casa, prohibiendo que se dejara entrar a persona alguna.

Miéntas tanto, los reos fueron estraídos de la iglesia, i llevados al pié de la horca.

Se estendió un tapete o repostero donde los dos caballeros condenados pudiesen ponerse de rodillas para recibir la cuchillada.

Se arrimó a la horca una escala para que apénas cortadas las cabezas, fuesen colocadas en lo alto.

El suplicio iba ya a consumarse, cuando llegó la conmutacion de la pena, arrancada a Hurtado de Mendoza.

Muchas damas de la Imperial, no conformándose con que fuesen ajusticiados por semejante motivo dos jóvenes tan gallardos como Ercilla i Pineda, habian asaltado por una ventana la casa del gobernador; i a fuerza de ruegos, habian obtenido que suspendiese la pena de muerte, reemplazándola por otra ménos severa.

Como puede notarse, la precedente relacion guarda completa conformidad con las alusiones de Ercilla.

Así todo persuade que está ajustada a la verdad.

Vuelto Ercilla a España, mas o ménos tan pobre como habia venido a América, dió a la estampa las tres partes de que consta su conocido poema la *Araucana*, a largos intervalos una de otra, en 1569, 1578 i 1589.

Las únicas palabras desfavorables que el poeta estampó en su obra contra Hurtado de Mendoza fueron los calificativos de *injusto* i de *acelerado* que le aplicó al aludir al suceso de la Imperial.

Por lo demas, refirió todos los hechos ejecutados en Chile bajo la direccion de don García sin tratar de menoscabarlos ni adulterarlos; pero al propio tiempo, sin colmar de elogios al jóven gobernador i sin ostentar entusiasmo a su persona.

Preciso es confesar que son mui pocos los pasajes de la *Araucana* personalmente alabanciosos para don García.

Solo recuerdo dos de esta clase.

El primero se encuentra consignado en el discurso que Ercilla pone en boca de los que habian ido de Chile al Perú para solicitar del virrei padre de don García auxilios que los salvaran de la afflictiva situacion en que los compañeros del difunto Pedro de Valdivia se hallaban colocados a consecuencia de los sucesos que siguieron a la muerte de su caudillo.

A tu hijo, oh marques, te demandamos,  
 En quien tanta virtud i gracia cabe,  
 Porque con su persona confiamos  
 Que nuestra desventura i mal se acabe.  
 De sus partes, señor, nos contentamos,  
 Pues que por natural cosa se sabe  
 (I aun acá en el comun es habla vieja)  
 Que nunca del leon nació la oveja.

I pues hai tanta falta de guerreros,  
 Haciendo esta jornada don García,  
 Se moverá el comun i caballeros,  
 Alegres de llevar tan buena guia;  
 I lo que no podrán muchos dineros,  
 Podrá el amor i buena compañía,  
 O la vergüenza i miedo de enojarte,  
 O su propio interes en agradarte.

### Canto 13

El segundo puede leerse en la descripcion de la batalla de Millarapue.

Don García de Mendoza no paraba,  
 Antes como animoso i dilijente,  
 Unas veces airado peleaba,  
 Otras iba esforzando allí la jente.

### Canto 15

La *Araucana* tuvo entre las personas ilustradas de España la acogida mas benévola i aun entusiasta.

Las varias ediciones que se hicieron de este poema manifiestan que fué sumamente popular.

Don García Hurtado de Mendoza, que habia vuelto a España allá

por el año de 1561, i que habia regresado a América con el cargo de virrei del Perú en 1588, esperimentó la mas viva desazon al no verse encomiado en la *Araucana* tanto como creia merecerlo.

La parsimonia del poeta para elojiarle le produjo el mayor de los sinsabores.

Si Ercilla habia querido vengarse del agravio que habia recibido en la Imperial, consiguió plenamente su objeto.

Don García i sus deudos tomaron el mas fuerte empeño en remediar el menoscabo que el silencio de la *Araucana* habia causado al lustre de la familia, a lo que ellos entendian.

El primero que manejó la pluma para ensalzar las hazañas de don García Hurtado de Mendoza, a fin de llenar el vacío que los amigos de este caudillo censuraban en la obra de Ercilla, fué un poeta criollo, natural de Chile, llamado Pedro de Oña.

El poema que con tal propósito escribió lleva por título *Arauco Domado*.

Si este libro tiene la particularidad de haber sido produccion del primer literato nacido en Chile, agrega a ella la de haber sido publicado en 1596 por el primer impresor de los reinos del Perú, Antonio Ricardo de Turin.

Oña dedicó su poema a don Juan Andres Hurtado de Mendoza, hijo de don García.

«Ha dias, dice en la dedicatoria, que lo tengo trabajado, i aun impreso, dilatando en sacarlo en público hasta que el marques (don García) se fuese, como ya, por daño nuestro, se va de estos reinos, porque el publicar sus loores en presencia suya no enjendrarse, a lo ménos en dañados pechos, i de poca consideracion, algun jénero de sospechas, cosa de que tan ajena está la limpieza de la verdad que en todo este discurso trato.»

Sin embargo, hai constancia fehaciente de que el virrei don García Hurtado de Mendoza tuvo noticia detallada del poema que el chileno Oña habia escrito en su alabanza, pues fué él mismo quien con fecha 11 de enero de 1596, dió licencia para imprimirlo i venderlo por el término de diez años.

Oña, dirijiéndose a don García en el exordio de su poema, enumera, entre las principales razones que le han movido a componer su obra, la de enmendar el silencio deliberado de Ercilla, a quien trata de autor *apasionado*, que por satisfacer su *rencor*, no ha reparado que deslustraba su historia, contribuyendo a que fuese tenida *quizá por no tan cierta*.

Si Ercilla habia manifestado mui poca admiracion a don García,

en compensacion, Oña agota para encomiarle el catálogo de las hipóboles. Basta para comprobarlo advertir que segun él, si hubieran conocido a don García, Calipso le habria amado mas que a Ulises, i Dido mas que a Enéas. No retrocede siquiera hasta colocarle en el número de los santos, llamándole *San García*.

A pesar de todo, no oculta el entusiasmo que le inspira Ercilla, a quien da el epíteto de *divino*, i la *Araucana*, a la cual califica de produccion *riquísima*, que solo puede ser igualada por mano mas que humana.

En dos o tres parajes del *Arauco Domado*, elojia a Ercilla, o como soldado, o como poeta.

En una reseña que hace de los principales guerreros que seguian la bandera del gobernador Hurtado de Mendoza, pinta a Ercilla

Airoso, vistosísimo, galano,  
Con plumas, martinetes, con airones,  
Trencilla, banda, cintas i listones;

I le llama

Eterna i dulce voz del araucano,  
Por cuya fértil pluma i fértil mano,  
Castálico licor Apolo estila.

Un concepto tan elevado del mérito de Ercilla en un poeta cortesano, que habia sido estimulado, i quizá pagado por Hurtado de Mendoza para suplir los encomios omitidos en la *Araucana*, está haciendo ver cuánto era el crédito de que gozaba el autor de este poema, i cuánto debia lamentar un personaje tan ansioso de fama como don García su inconsulta sentencia de la Imperial.

El pesar de lo que habia sucedido en aquella malhadada fiesta, experimentado por don García desde la aparicion de la *Araucana*, fué acrecentándose a medida que se consolidaba i estendia la celebridad de Ercilla.

Vamos a ver que don García trasmitió este sentimiento a sus descendientes, que hicieron cuanto les fué posible, no solo para enaltecer la memoria de su padre, sino tambien para esplicar i disculpar el *acelerado* procedimiento de la Imperial.

El humilde poeta, sin cometer ninguna injusticia vituperable, únicamente con no hacer sonar mui fuerte en honor de quien le habia ofendido las cuerdas de su lira, habia tomado reparacion del agravio que le habia inferido el altivo magnate.

Miéntas tanto, la reputacion de Ercilla se aumentaba de un modo mui notable.

Su poema era aplaudido en los dos mundos.

Cervántes habia declarado por boca del cura en el escrutinio de la librería de don Quijote, que la *Araucana*, la *Austriada*, i el *Monserato* «eran los mejores libros que en verso heroico en lengua castellana estaban escritos, i podian competir con los mas famosos de Italia, debiendo guardarse como las mas ricas prendas de poesía que tenia España.»

Andres Escoto, erudito de nota, escribia que los que se proporcionaban la *Araucana*, la leian con asombro, i no podian dejarla de las manos.

Primero, don García, i en seguida, sus deudos, cuando éste falleció, se esforzaron para desvanecer la mala impresion que podia producir en los ánimos lo que Ercilla referia de aquel antiguo jefe.

Su empeño se redoblaba a proporcion que se acrecentaba la popularidad del poeta.

Pedro de Oña no habla del suceso de la Imperial; pero advierte que para los pormenores de las cosas ocurridas en Chile que él no puede esponer con detencion, se remite a una historia, «en jeneral verdadera,» que estaba escribiendo el capitan don Pedro Mariño de Lovera, noble caballero de Galicia.

Este conquistador era tan ejercitado en las armas, como lo asevera Oña; pero al propio tiempo mui poco diestro en las letras, a cuyo cultivo no habia podido aplicarse.

Así, habiendo entregado su manuscrito a don García Hurtado de Mendoza, ya entónces marques de Cañete i virrei del Perú, este personaje encargó al padre jesuita Bartolomé de Escobar que «redujera a nuevo método i estilo» la obra informe i desaliñada de aquel veterano.

El padre Escobar cumplió la comision, dedicando su trabajo al mismo don García por medio de una carta en la cual hace muchas protestas de independenciam, pero cuya simple lectura manifiesta cuanto era el anhelo del religioso para agradar al encumbrado Mecénas a quien se dirijia.

Este libro titulado *Crónica del reino de Chile*, que solo llega hasta el año de 1595, parece haber sido concluido de retocar por el padre Escobar ántes de la aparicion del *Arauco Domado*.

El autor primitivo, capitan don Pedro Mariño de Lovera, habia fallecido en Lima a fines de 1594.

Sin embargo, la obra mencionada, aunque llena de noticias mui interesantes, solo ha sido impresa por primera vez en Santiago de Chile el año de 1865.

*La Crónica del reino de Chile* contiene la version que debian dar don García i sus deudos i amigos del desagradable lance ocurrido entre él i Ercilla.

Aquel suceso debió ser estimado al principio por el orgulloso marques como uno de tantos incidentes mas o ménos notables que acontecen en una campaña.

Pero, andando el tiempo, Ercilla, de soldado oscuro, habia pasado a ser poeta afamado.

Don García esperimentó entónces la necesidad de sincerarse de su procedimiento inconsiderado contra un hombre llegado a ser tan ilustre; i como él, la esperimentaron todos los que le rodeaban, o se interesaban por su buen nombre.

Era cargo serio el de haber estado a punto de arrebatarse a España sin suficiente fundamento su mas distinguido poeta épico.

Don García no omitió, pues, el dar del suceso de la Imperial una esplicacion que le fuese favorable.

La relacion a que me refiero es indudablemente la que se encuentra en la *Crónica del reino de Chile*, obra escrita i arreglada bajo la inspiracion del marques de Cañete.

Ella difiere en puntos sustanciales de los datos suministrados por Ercilla mismo, i de los pormenores, no discordes con las alusiones de la *Araucana*, trasmitidos por el autor contemporáneo capitán don Alonso de Góngora Marmolejo.

Mariño de Lovera, o si se quiere, el padre Bartolomé de Escobar, refiere que cuando Ercilla i Pineda se arremetieron espada en mano, los demas caballeros de a pié i de a caballo, allí presentes, desenvainaron las suyas para poner paz entre los agresores, sin que el gobernador Hurtado de Mendoza hubiera notado cuál habia sido el oríjen de la contienda.

I luego añade esta reflexion harto significativa:

«I como ha sido cosa tan frecuente en estos reinos haber algunos motines, buscando siempre los traidores semejantes coyunturas para descubrirse, alborotóse don García al ver sobre sí tantas espadas, recelándose no fuese alguna traicion de las que en estos lances se han esperimentado en las Indias.»

Ercilla i Góngora Marmolejo, como se recordará, dicen espresamente que don García fué quien pronunció la sentencia de muerte contra los dos jóvenes contendores.

Mariño de Lovera hace pesar toda la responsabilidad del fallo sobre el coronel don Luis de Toledo.

Hé aquí sus palabras:



«Mas como don García vió que era don Alonso de Ercilla el primero que habia puesto mano a la espada, fajó luego con él, i dándole en las espaldas un furioso golpe con una maza de armas que tenia en la mano, le postró del caballo abajo, i mandó al capitan de la guardia le llevase preso a buen recaudo. Por otra parte, acendió el coronel don Luis de Toledo a echar mano de don Juan de Pineda, el cual se retiró a la iglesia, i se metió en ella con el caballo en que iba, aunque le valió poco el no haberse apeado fuera de ella, porque el coronel le sacó por fuerza, llevándole a la plaza a ver lo que mandaba el gobernador hacer de su persona. Pero como don García estuviese ya en su casa, le pareció al coronel que seria justo hacer el debido castigo de los dos caballeros, cortándoles las cabezas, así por el desacato que tuvieron ante el gobernador, como por la presuncion i sospecha que él tuvo de que siendo los dos tan amigos, no debia ser la pendencia con ánimo de ofenderse, sino alguna maraña i ardid concertado entre ellos para matar a don García.»

Ercilla aplica a Hurtado de Mendoza el epíteto de *mozo capitan acelerado*; pero el cronista a quien estoi comentando procura demostrar que su héroe manifestó en aquella ocasion la mayor circunspeccion i serenidad.

Segun él, apénas llegó al conocimiento de don García, que Ercilla i Pineda estaban para ser ajusticiados, mandó a toda prisa suspender la ejecucion para resolver en el asunto con mas despacio, i previa la correspondiente informacion.

El capitan Lovera, o el padre Escobar, hace aquí, para recomendar esta órden de don García, la reflexion de que, «aunque una sentencia sea mui buena, será mui mal fulminada si se pronuncia precipitadamente donde puede tener lugar la cólera, que con la pasion ciega al entendimiento; de suerte que es circunstancia necesaria para que sea loable, el mirarse con reportacion i acuerdo, mayormente cuando el juez averigua causas que tocan a su persona.»

Convencido don García, por las indagaciones que practicó, de que los dos reos eran culpables, no de traicion o algo parecido, sino solo de un repentino arrebatamiento, los envió a su padre, que era virrei del Perú, para que resolviese lo conveniente.

El autor de la *Crónica del reino de Chile* concluye su relacion, procurando echar sobre el cantor de la *Araucana* la nota de ingratitud.

«Aunque el virrei dió a don Alonso de Ercilla, dice, provision para ser uno de los lanzas con mil pesos ensayados de sueldo, i le hizo otras mercedes, con todo eso le quedó mui arraigada en el corazon la memoria del aprieto en que se vió en este dia; i el golpe que le dió

don García le estaba siempre dando golpes en él, de suerte que nunca mostró gusto a sus cosas, como se ve por esperiencia en el libro que escribió en octava rima titulado: *La Araucana*, donde pasa tan de corrido por las hazañas de don García, que apenas se repara en alguna de ellas, con haber sido todas de las mas memorables i dignas de larga historia que han hecho famosos capitanes de nuestro siglo.»

Miéntras tanto, Ercilla vivia en la corte de España, pobre i desatendido, sin recibir la recompensa debida a sus servicios i a su elevado talento.

Se supone que sus desavenencias con la poderosa familia de los Hurtado de Mendoza no fueron estrañas a la triste situacion de que jamas pudo salir.

En fin murió allá por el año de 1596, escaso de recursos pecuniaros, pero opulento de gloria.

No dejaba en pos de sí ni deudos influentes interesados en defender su memoria, ni individuos favorecidos a quienes el agradecimiento impulsase a ensalzarle.

Su único amparo era el poema que habia firmado con su nombre, i que talvez habia sido la causa de que no obtuviera en vida el premio merecido.

Pero el prestigio de ese poema pudo mas que toda la riqueza i todo el valimiento de una de las mas prepotentes familias de España.

Precisamente en 1597, al año siguiente de su muerte, salió a luz una pretendida continuacion de la *Araucana*, escrita por don Diego de Santistevan i Osorio, poeta mui mediocre.

El autor de esta obra se ha complacido en hacer figurar juntos al ilustre marques don García Hurtado de Mendoza, que recientemente habia regresado del virreinato del Perú, i al insigne poeta don Alonso de Ercilla i Zúñiga, a quien ya cubria la tierra.

El laborioso norte-americano Ticknor parece creer que el argumento del poema de Santistevan i Osorio es tan histórico como el del poema de Ercilla.

Los eruditos españoles Gayángos i Vedia no han rectificado esta inexactitud, como lo han hecho con otras de aquel sabio autor.

Hai todavía sobre este punto algo mas particular.

El conocido historiador chileno don Juan Ignacio Molina ha dedicado un capítulo de su obra a la ficcion de Santistevan i Osorio, como si hubiese sido una realidad.

Sin embargo, puedo asegurar que el argumento de la continuacion

de la *Araucana*, o sea de las partes cuarta i quinta, es fabuloso desde el principio hasta el fin.

Por esto mismo, es mui significativa la introduccion de Ercilla en la obra de Santistevan i Osorio. No habria sido estraño que se hubieran escrito los hechos en que efectivamente hubiera intervenido; pero su exhibicion en sucesos de fantasía manifiesta cuál era la alta celebridad que habia alcanzado.

A la verdad, don García Hurtado de Mendoza participaba, todavía vivo, del honor de ser cantado como personaje épico, que se concedia a Ercilla ya muerto, aunque recientemente; pero, para apreciar la diferencia que habia entre lo uno i lo otro, conviene tenerse presente que el primero era uno de esos encumbrados grandes de España a quienes se acostumbraba prodigar todo jénero de lisonjas, mientras el segundo habia sido solo un poeta.

Don García Hurtado de Mendoza falleció el 15 de octubre de 1609.

La muerte del adalid conquistador i la del cantor épico no pusieron término a la especie de controversia trabada entre los dos.

Don Juan Andres Hurtado de Mendoza, hijo de don García, quinto marques de Cañete, deseoso de honrar la memoria de su padre, hizo que don Cristóbal Suárez de Figueroa, escritor distinguido en prosa i verso, publicase en 1613 una alabanciosa biografía de su padre el conquistador de Chile con el título de *Hechos de don García Hurtado de Mendoza*.

Este autor, adoptando en parte la version de la *Crónica del reino de Chile*, atribuye la severidad de don García en el suceso de la Imperial a la idea que concibió en el primer momento de que el alboroto habia sido una maquinacion preparada.

Despues de referir el altercado entre Ercilla i Pineda, se espresa como sigue:

«Desenvaináronse en un instante infinitas espadas de los de a pié, que sin saber la parte que habian de seguir, se confundian unos con otros, creciendo el alboroto con extremo. Esparcióse voz que habia sido deshecha para causar motin, i que ya los dos finjidos émulos le tenian meditado, por haber precedido algunas ocasiones, aunque lijeras.»

Suárez de Figueroa, a diferencia de la *Crónica del reino de Chile*, confiesa que don García, i no el coronel don Luis de Toledo, condenó a Ercilla i Pineda, «para infundir terror entre los demas, a degollar, sabiendo ser cualquiera severidad eficacísima para asegurar la milicia.»



El panejirista se ve, sin embargo, obligado a convenir en que habiéndose levantado la correspondiente informacion, resultó «que habia sido caso imprevisto.»

Pero como su antecesor, se esfuerza por hacer pasar a Ercilla por ingrato.

«El conveniente rigor con que don Alonso fué tratado causó el silencio con que procuró sepultar las ínclitas hazañas de don García. Escribió en verso las guerras de Arauco, introduciendo siempre en ellas un cuerpo sin cabeza, esto es, un ejército sin memoria de jeneral. Ingrato a muchos favores que habia recibido de su mano, le dejó en borron, sin pintarle con los vivos colores que era justo, como si se pudiera ocultar en el mundo el valor, virtud, providencia, autoridad i buena dicha de aquel caballero, que acompañó siempre los dichos con los hechos, siendo en él admirables unos i otros. Tanto pudo la pasion, que quedó casi como apócrifa en la opinion de las jentes la historia que llegara a lo sumo de verdadera, escribiéndose como se debia. Fué en boca de todos inculpable, apacible i humano sumamente el sujeto de quien escribo; i así pensó en vano deslustrar sus resplandores quien de propósito calló sus alabanzas.»

Don Juan Andres Hurtado de Mendoza no se contentó con el libro de don Critóbal Suárez de Figueroa, pues se esforzó para que el teatro se empleara en la defensa del marques su padre.

A instancias suyas, don Luis de Belmonte Bermúdez, en union de otros ocho poetas, uno de los cuales era el mejicano don Juan Ruiz de Alarcon, compuso la comedia titulada: *Algunas Hazañas de las muchas de don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete*, que dedicó al mencionado don Juan Andres.

Esta pieza, segun don Luis Fernández Guerra i Orbe en su reciente libro sobre don Juan Ruiz de Alarcon i Mendoza, «se representó con extraordinario aparato, riqueza de trajes i admirables perspectivas el año de 1622; i se imprimió lujosamente, aderezándola con dedicatoria i prólogo al lector, i con los nombres de los poetas i espresion de la parte de trabajo que a cada cual habia recorrespondido.»

En la comedia de Belmonte i compañía, no aparece Ercilla; pero habiendo algunos años despues el fénix de los ingenios Lope de Vega escrito otra sobre idéntico asunto, la cual denominó *Arauco Domado*, [hace ejecutar en ella un papel mui deslucido a nuestro don Alonso, probablemente por reprobada adulacion a don Juan Andres Hurtado de Mendoza, bajo cuyo patrocinio la puso.

Don Antonio de Leon Pinelo, en el *Epítome de la Biblioteca Oriental i Occidental*, menciona todavía otra comedia manuscrita de Lope

de Vega, relativa a esta misma controversia, si se ha de juzgar por el título: *El Marques de Cañete en Arauco*.

Ademas se dieron a luz otras dos piezas sobre el mismo tema: la una de Gaspar de Avila en 1664, *El Gobernador Prudente*, i la otra de Francisco González de Bústos en 1665, *Los Españoles en Chile*.

Miéntas tanto, salia en Lima el año de 1657 una obra bajo el título de *Crónica de la provincia peruana del orden de los hermitaños de San Agustín*, por frai Bernardo de Tórres, donde vuelve a hablarse del lance entre Ercilla i Pineda, narrándose con variaciones ajustadas al estilo eclesiástico.

Si hubiera de creerse al padre Tórres, la pendencia tuvo lugar en la iglesia de la Imperial, en la cual se celebraba una misa de gracias.

«Los capitanes don Alonso de Arcila i don Juan de Pineda tuvieron entre sí alguna diferencia sobre la precedencia de los lugares; llegaron a palabras de empeño; i arrebatados de cólera, pusieron mano a las espadas. Al mismo punto se partió en dos bandos todo el cónclave militar; unos se pusieron de parte de don Juan, otros, de don Alonso; i en el mismo templo se trabó una cruel pendencia entre los dos capitanes, sin que bastase a reprimirlos lo sagrado del lugar, ni el respeto del gobernador, ni los ruegos de los eclesiásticos. Sintiólo el gobernador de manera que los hizo prender en la cárcel; i habiendo hecho informacion del desacato, los condenó a muerte de degüello en público cadahalso, que habia de ejecutarse el dia siguiente.»

En la relacion del padre Tórres, esta tragedia se desanuda por un milagro.

«Notificóseles la sentencia; i no pudieron intercesiones, congruencias, ruegos ni razones ablandar ni mover a clemencia al gobernador. Confesóse don Juan aquella noche para morir a la mañana, sintiendo mucho mas la afrenta del suplicio, que el rigor de la muerte. Perdidas las esperanzas de remedio humano, se encomendó fervorosamente a San Agustín, nuestro padre, su cordialísimo devoto, suplicándole le favoreciese en aquel trance, moviendo al gobernador para que le otorgase el perdon merecido por tantas hazañas i sangre vertida en servicio del rei; que si le libraba de muerte tan afrentosa, le prometia dar de mano al mundo i recibir su santo hábito, vivir i morir en su relijion en servicio de Dios. Por el efecto pareció haberle el santo alcanzado de Dios aquella merced, porque la misma noche estuvo el gobernador desvelado i combatido de varios pensamientos sobre lo que haria en aquel caso, hasta que finalmente el Señor le

ablandó el corazón; i el día siguiente conmutó a los reos la pena de muerte en destierro perpetuo del reino.»

Segun el mismo padre Tórres, don Juan de Pineda cumplió su promesa, habiendo tomado en Lima el hábito de San Agustín el año de 1559, i fallecido en el convento de la Nasca (Perú) el de 1606, «con opinion de gran relijioso.»

Sin embargo, los cronistas Alonso de Góngora Marmolejo, en su *Historia de Chile*, i don Pedro Mariño de Lovera, en su *Crónica del reino de Chile*, enumeran entre los españoles muertos por los indios en la derrota de Catirai bajo el gobierno del presidente Saravia a un Juan de Pineda, natural de Sevilla, como aquel de quien habla el padre Tórres.

Sea de esto lo que se quiera, volvamos a nuestro asunto.

Se han visto los constantes esfuerzos de la familia de Mendoza para abatir a Ercilla.

Todos ellos fueron al fin infructuosos.

Los Mendoza se empeñaron por dar a la fama del poeta el golpe de maza que don García descargó en la Imperial sobre su cuerpo.

Pero a pesar de todo el poder de aquella familia, i de todo su teson, i de todos los que salieron a ayudarles, no lo lograron.

En el día, muchos saben que ha existido un don García Hurtado de Mendoza, marques de Cañete, solo por que su nombre se encuentra consignado en la *Araucana*.

La gloria no ha ido a recojer reverente en el fondo de su ataud el puñado de polvo a que el conquistador debe estar ya reducido.

Miéntas tanto, el pueblo español, despues de siglos, acaba de trasladar con señalada pompa los restos de Ercilla al panteon erijido a sus varones ilustres.

En tan larga i porfiada lucha, el hombre del pensamiento ha obtenido el mas espléndido triunfo sobre el hombre de la fuerza.

El poeta ha podido mucho mas que el conquistador.

MIGUEL LUIS AMUNÁTEGUI.

---

## SALOMON DE CAUX

---

Si hai algo que pudiera hacernos creer en la fatalidad, seria el adverso i constante destino de algunos hombres ilustres. Vamos a escribir a la lijera la historia de uno de estos seres superiores, marcado desde su nacimiento con el doble sello del talento i del infortunio.

Salomon de Caux nació en Rouen, ciudad de Normandía, en 1580. Desde niño manifestó disposiciones por la física i las matemáticas, i se entregó a su estudio con todo ardor. Importantes fueron sus descubrimientos en estos ramos, i mas todavía si se atiende a la ignorancia de los tiempos i a las preocupaciones que dominaban todas las inteligencias. Salomon dedicóse con preferencia a la física i con especialidad a la hidráulica. El agua le producía una especie de atracción: creía divisar un poder desconocido en las manifestaciones de este elemento. Ese soplo vago, ténue, húmedo que se desprendía de las calderas de su laboratorio, ¿qué era? Pensaba, adivinaba una fuerza: le parecía que aquello tan débil debía ser potencia i acción. ¿Pero por qué se le ocurrían todas estas cosas? El se hacia esta pregunta muchas veces, i nunca pudo contestarla satisfactoriamente. Como los presentimientos que asaltan el corazón i le anuncian o un duelo o una alegría, así él entreveía confusamente una importante invención. Esta idea se presentaba a su espíritu como un recuerdo lejano i casi olvidado; pero no se apartaba de él. Será necesario estudiar, dijo al fin resueltamente, i estudió.

El sabía que la antigüedad habia adivinado la existencia del vapor como fuerza. Aristóteles i Séneca atribuyen los terremotos a calor subterráneo, que, segun ellos, hace pasar súbitamente al estado de vapor de agua una cantidad de este líquido contenida en el centro del globo.

Heron de Alejandría, 130 años ántes de la era cristiana, habia resuelto como distraccion filosófica el problema de imprimir movimiento de rotacion a una esfera que jirase al rededor de un eje, dejando escapar por medio de un tubo perpendicular a este eje el vapor formado por la ebullicion de cierta cantidad de agua contenida en la esfera. (*Thomas.*)

Si hemos de creer lo que la leyenda cuenta, Empédocles, que vivia mas de 400 años ántes de nuestra era, profesaba sobre la constitucion de los volcanes una teoría que dista mui poco de la verdad. El creia que la violencia de las erupciones era debida en gran parte a la condensacion del vapor de agua. Durante las combustiones subterráneas que habian tenido lugar en el centro de la tierra, las aguas interiores calentadas por el incendio habian quedado reducidas casi enteramente al estado de vapor. Este vapor comprimido, acumulado, trataba de abrirse camino, i al fin lo conseguia despedazando la superficie del globo, arrastrando lo que encontraba a su paso i sobre todo los cuerpos ígneos depositados en el foco profundo del incendio..... (*Bessières.*)

Salomon tenia tanta imaginacion como talento. Estas ideas le atormentaban. Dia i noche trabajaba estudiando esta importante materia. Al fin el éxito premió sus esfuerzos. Habia construido una marmita de hierro que le servia para sus esperimentos: una vez la llenó hasta la mitad de agua, cerrada herméticamente i la sometió a un fuego violento. El agua hervia con ruido i hacia temblar la tapa. De pronto el vapor se abre paso, la vasija estalla, i uno de sus fragmentos hiere al físico. A pesar de su herida, su emocion fué tan viva que cayó de rodillas llorando de placer.

El vapor estaba descubierto. En 1615 apareció una obra de Salomon que no deja lugar a duda. Esta obra titulada *La raison des forces mouvantes* tiene el párrafo siguiente:—«Sea una esfera de cobre *A* bien soldada, teniendo un recipiente *D* por donde se echará el agua, i tambien un tubo *BC* que estará soldado en la superficie de la esfera: el extremo *C* del tubo se acercará al fondo sin tocarlo. Cerrada la esfera, se la pondrá sobre el fuego: el calor hará entónces que el agua suba toda por el tubo *BC*.»

Ya hemos dicho que Salomon tenia una imaginacion fogosa. Desde el primer instante comprendió todo el alcance de su descubrimiento, i lo acrecentó mas todavía con las seducciones a que están sujetas las naturalezas fantásticas. Soñaba. El porvenir del mundo iba a cambiar. Tenia en su mano el secreto de una fuerza que podia reemplazar con ventaja los esfuerzos de los hombres i de los animales. Empé-



docles tenia razon. Eso que hace temblar el mundo, que conmueve los mares, que despedaza la tierra, lo tenia él, él lo habia descubierto trabajando con una simple marmita de hierro. Qué gloria para la Francia, qué gloria para él, oscuro hoi i mañana saludado como un jenio.

Estas ilusiones le consolaban. Cuando trabajaba se olvidaba de todo, hasta de su pobreza. Fuera de su laboratorio no se hallaba bien, la sociedad le atormentaba. Las jentes supersticiosas miraban con ojo receloso esa luz que brillaba siempre, i a ese hombre desaliñado, pensativo, soñador, que pasaba las noches trabajando al pié de un horno. Los chicos iban a mirar por las rendijas de la puerta i volvian a su casa con miedo. Los hombres decian: hé ahí un avaro que busca la piedra filosofal; los mas caritativos, hé ahí un loco.

Ser juzgado así cuando se trabaja por los demas, es un desengaño duro. Tenia amigos, los amaba, tenia particular interes en esplicarles su doctrina; pero eran jentes de cabeza dura; ninguno le creia. Las lecciones claras, las razones convincentes nada podian sobre espíritus quiméricos e ignorantes. Por el contrario le objetaban, le combatian. Estas conversaciones privadas se esparcieron bien pronto en el público, i luego todo el mundo conoció el descubrimiento, i todos hablaban de él; unos por amor a la ciencia, otros por novedad.—Puesto que nadie me protege, dijo Salomon, busquemos el apoyo del gobierno.

Richelieu gobernaba entónces la Francia. Salomon obtuvo una entrevista i le presentó una memoria que esplicaba el descubrimiento, sus causas i los maravillosos resultados que podia traer a la industria. El ministro le contestó que confiaria su trabajo a sabios que supieran apreciarlo. Despues... se olvidó. La intriga, la política i el amor reclamaban el tiempo del poderoso cardenal: pero Salomon no olvidaba. Al cabo de cuatro meses volvió a recordar su promesa a Richelieu.—Está bien, dijo el cardenal; os prometo que se ocuparán de vos; mis órdenes serán precisas.—Esta vez cumplió su palabra. La Academia de ciencias fué invitada a dar una opinion. Se nombró una comision, i triste es decirlo, el resultado a que arribó fué deplorable para la ciencia. La Academia oyó el informe de su comision i declaró unánimemente que la invencion era una locura; que su autor era un loco, i que Bicêtre debia ser el asilador de tal extravagante. Este fué el golpe de gracia para el autor.

Sin embargo no desmayó. Con esa pertinacia tenaz que solo tienen los que trabajan con fé i convencimiento, despreció las burlas, soportó las decepciones, i siguió luchando contra el torrente. Sus pa-

labras lograron interesar a algunas personas influyentes, i éstas le consiguieron una nueva entrevista con Richelieu. Salomon comprendió que de esta conversacion dependia el destino de su vida.

Con aire humilde i abatido se presentó el infeliz solicitante. Llevaba una memoria en la mano.

—Ah! sois vos, dijo el ministro.

—Sí, monseñor: vengo a pedir justicia. Los que me acusan, los que me condenan, no me han oido. Ellos no pueden ser mis jueces, no conocen mis razones. Si las sospecharan siquiera no las despreciarian.....

—La esperiencia está hecha! en nada puedo serviros.

—Ah! monseñor, qué palabras! Ellos no saben, no saben nada. Solo los ignorantes pueden resistir a la evidencia de las leyes de la naturaleza. Han resistido; son jentes de mala fé. Mi descubrimiento es fácil de comprender, es sencillo, monseñor, pero de grandiosos resultados. La felicidad de la Francia seria una consecuencia de mi invencion.....

Richelieu se impacientaba.

—Yo quiero ser juzgado, pero quiero que se me oiga. Una sola vez que hiciera un ensayo seria suficiente. Mirad, monseñor, aquí en esta memoria se contiene todo con claridad. Leedla, leedla. Ah! este trabajo me ha mantenido vivo; me he consagrado a él; si lo desprecian..... me moriria..... I las lágrimas corrian por sus mejillas descarnadas. Su voz estaba trémula. No podia hablar: las palabras venian en tropel a sus labios, i salian confusas, inarticuladas.

—Dejadme, dejadme, gritó Richelieu.

—Ah! monseñor, yo tengo razon. Ved, es una lei de la física. Oh! los desgraciados, los ignorantes, niegan la obra de Dios que yo les enseño. Dicen que estoi loco; mienten, mienten. Ellos engañan al mundo entero, ellos me matan.....

Pero el cardenal no escuchaba ya. A una órden suya sus criados habian tomado al desgraciado Salomon i lo habian conducido a uno de los calabozos de Bicêtre. Richelieu cumplia la sentencia de la Academia.

¿Qué son nuestras desgracias al lado de esta adversidad? ¿Qué son nuestros pequeños dolores al lado de esta fatalidad implacable que persigue sin descanso el talento, la ciencia i el trabajo?

La luz del dia despertó a Salomon. ¿En dónde estaba? A su lado tenia un pedazo de pan negro i un jarro de agua: Recordaba que un hombre le habia dicho: racion para dos dias. Los sucesos de la víspera se le presentaban de una manera confusa. Por una ventana coloca-

da al nivel del suelo i cruzada de gruesos barrotes de fierro, vió su prision, i su Memoria arrugada i escondida entre la paja. Entónces comprendió lo horrible de su situacion. Estaba en una cárcel. Llamó: nadie respondió. Gritó i quiso despedazar los barrotes de su ventana i solo consiguió debilitar sus fuerzas i su voz.—Méenos bulla, gritó uno en el patio. ¿No sabeis, amiguito, que estais en una casa de locos?

Los sabios se vengaban: él estaba loco. Ya no mas esperanza; el mundo no existia para él. Tantos afanes inútiles, tantos estudios perdidos. ¿Qué habia hecho él trabajando para los demas? Salomon lloró. La ilusion le habia mantenido, le habia dado fuerzas para resistir las privaciones de la pobreza, la crítica de los sabios, el sarcasmo de las jentes, las burlas de los amigos, todo..... hasta los desfallecimientos de su propio corazon. Muerta esa ilusion, él no existia.

«Estaba junto a su ilusion su vida.»

¿A dónde estaban las esperanzas de gloria i de porvenir? Todo habia ido a sepultarse en un calabozo. Sentir un dolor se comprende; pero encerrar en el olvido, sepultar a un hombre que solo ha vivido por una idea, es algo que nadie podrá definir ni explicar.

Luego vino la fiebre. Su robusta naturaleza luchó todavía con ventaja i salvó. Pero despues, cuando se vió solo, aislado; cuando se encontró reducido a su sola compañía, sin amigos, sin trabajo, entónces le sobrecojió una tristeza i un malestar profundos. El desgraciado se consumia. ¿Qué pasaba en aquella organizacion? El veia el sol, los campos, la vida al través de los barrotes de su calabozo sin poder disfrutarlos. ¿Cuál era su crimen?

La justicia no existia entónces, la justicia era una quimera. ¿Quién se condolia de sus penas? ¿Quién procuraba aliviarlas? La humanidad era inconstante, ingrata i perversa. El inocente encerrado en una prision, el hombre de talento privado de manifestarlo i tratado como loco por haberlo revelado. ¿Para qué se lo dió Dios? Mas feliz habria sido siendo un pobre ignorante; habria vivido en la oscuridad i en la paz. Dios no existe entónces: todo es mentira. I a este grito, a este rujido de desesperacion, Salomon se enfureció i maldijo la vida. Aquella alma comprimida, aquella pobre alma que no habia conocido los placeres se despedazó. Un acceso de cólera le sobrevino, corrió furioso por su prision, ahulló de rabia, revolcóse por el suelo..... Estoy loco, gritó. El desgraciado estaba loco.

Paris olvidó al sabio. Los indiferentes i los felices no se acuerdan de los que sufren. Su consuelo debia venirle de lo inesperado. Irrision del destino! Fué una cortesana la única que llevó al prisionero una mirada de compasion.

Marion Delorme era en este tiempo la reina de la gracia i de la belleza. Habia llegado a Paris pobre i desvalida; pero la naturaleza habia hecho todo por ella. La habia dotado de hermosura, de gracia i de amor al placer. Buckingham, Richelieu, los mas grandes personajes de la corte se arrastraron en breve a los piés de la provinciana, i la rodearon de lujo, de consideraciones i de orgullo. Esta mujer tuvo un destino extraño. Su robusta constitucion parecia inherente a su hermosura; así es que resistió con ventaja el peso de los años, sin perder su poder de atraccion. Algunos creen que vivió hasta la edad de 134 años, siendo siempre bella i espiritual. La historia solo cuenta dos mujeres dotadas de una organizacion semejante, Marion, i su no ménos célebre rival, Ninon de Lenclos. Ambas no conocieron la vejez i se rieron del tiempo, el devorador de todo. Se decia en la corte que Cinq-Mars era el esposo de Marion. ¿Quién puede saberlo? Sea como fuere, ello es que el padre Cinq-Mars no vivió: habia pagado con su cabeza el crimen de conspirar contra el cardenal. La hermosa viuda estaba de luto. Un ingles excéntrico, el marques de Worcester, se encargó de consolarla. Marion no sabia resistir; cambió sus vestidos negros por blancos i consintió en llamarse marquesa de Worcester. Hubo mucho ruido; pero no tanto que pudiera alterar la felicidad de dos recién desposados. Vivian felices. Un dia dijo Marion: ¿Sabes que me acuerdo de ese pobre Salomon? Tengo deseos de verle. Dicen que está encerrado en Bicêtre.

El marques quiso oponerse.

—Hoi mismo hemos de ir, replicó la marquesa. El dia está magnífico. No admito disculpas: tú no sabes que le conozco.

En efecto se conocian. Salomon habia obtenido por un momento el cariño de la célebre hermosura. ¿Cómo fué? Cinq-Mars le habia encomendado que le trabajara un juego de aguas en una de sus residencias de verano. Era una sorpresa que queria dar a Marion. Esta quedó encantada. El agua formaba mil jiros caprichosos, regaba el jardin, abastecia las fuentes i caia en forma de cascada desde lo alto de la torre del castillo, salpicando el aire con su lluvia finísima i recerando el oido con su murmullo. Por mas hombre de ciencia que fuera Salomon, por mas apartado que estuviera del mundo, no era insensible a la amistad i al reconocimiento. Quiso evadirse, pero no pudo lograrlo, i a su pesar casi permaneció en el castillo por algunos dias.

Una tarde, a la caida del sol, se hallaban Salomon i la castellana en un cenador del jardin. Era una tarde del estío, serena i diáfana. El calor habia disminuido i reinaba en el campo esa grata languidez, esa

tranquila voluptuosidad del verano que enciende la sangre i convida al amor. Marion estaba juguetona, risueña.—¿Por qué me mirais tanto?, dijo, venid, sentaos aquí. I le señalaba un asiento a su lado. Salomon tomó sus manos i las apretó con ternura, mudo, pero revelando en sus ojos los sentimientos que le agitaban. Se acercó tanto, se aproximaron tanto que se besaron. De repente se sintió el ruido de un carruaje: era Cinc-Mars. Marion pasó la mano por sus mejillas: No es nada, dijo, ya pasó. Vamos a recibirle.—I corrió al encuentro de su amante o de su marido, risueña siempre, cariñosa siempre.

¿Era el recuerdo de esta tarde, iniciacion de un amor que no tuvo desenlace, lo que llevaba a Marion al lado del prisionero? ¿La mujer que habia amado tanto, ¿tenia necesidad todavía de esa poética pasion que habia inspirado al sábio adusto e invencible? Quién sabe.

Ambos esposos llegaron pronto a Bicêtre. El carcelero los condujo delante de Salomon. Ahí estaba escuálido, desaliñado, sucio; los ojos extraviados, la barba herizada, el pelo espeso i desarreglado. Era la aparicion de un ser repugnante. Marion tuvo miedo: lanzó un ai! de piedad i se tomó del brazo de su marido como si hubiera necesitado de su apoyo para no caer. Salomon miró aquella pareja, i no dió indicios de haberla conocido; bajó la vista i no se movió. Worcester apeló entónces a su amor propio: le dijo que conocia su descubrimiento i que no participaba de la opinion de sus enemigos. Yo no soi de los incrédulos, agregó, yo creo en las maravillas de la naturaleza i en su poder: yo soi ingles.

Como si una fuerza poderosa le hubiera hecho crecer repentinamente, Salomon se levantó, miró, rió. Al fin oia una voz de consuelo i de aliento: tenia delante un hombre que le comprendia. La locura desapareció, i el sabio tuvo un momento de lucidez. Aquel loco estaba magnífico. Habló con elocuencia, con sentimiento: esplicó su teoría con claridad i precision. Parecia que la luz de su intelijencia se habia oscurecido tanto tiempo para brillar un momento en todo su esplendor.

Worcester escuchaba encantado. Dedicado tambien a las matemáticas él comprendia lo que la jeneralidad no alcanzaba a divisar. ¿Teneis algunos apuntes, algun trabajo escrito? Salomon, por toda respuesta, se abalanzó a un extremo de su calabozo i tomó la Memoria que habia llevado al palacio de Richelieu, i que los criados le habian dejado por compasion.

—Aquí está esplicado todo, le dijo, tomadlo.

I como si hubiera hecho un esfuerzo sobrehumano cayó aniquilado sobre la tierra.

Wercester salió de Bicêtre con su tesoro en la mano, mas contento que el dia que se casó con Marion.

Pocos meses despues, el prisionero no existia ya. Un dia el carcelero se fijó que la racion estaba intacta. Salomon estaba tendido sobre la paja i con el rostro vuelto hácia la pared. El carcelero le gritó, le movió: el desgraciado estaba muerto. Era el año de gracia de 1630.

Salomon de Caux es el primer autor que haya indicado la formacion del vapor de agua como medio de desarrollar la fuerza. La Inglaterra reclama este honor para el marques de Worcester, quien describió de una manera mui oscura, i sin figura alguna en un libro impreso en 1663, bajo el título de *Century of inventions*, un medio de elevar el agua por el calor, pero en todo semejante al indicado por Salomon de Caux (*Thomas*). Sabiendo las relaciones que han existido con éste se comprende que las pretensiones de los ingleses son enteramente infundadas.

El honor indisputable de la Inglaterra consiste en haber hecho jerminalar la idea del físico frances. Es verdad que en 1695 los señores Papin i Blois hicieron numerosas esperiencias en pequeño sobre el empleo del vapor como fuerza motriz; pero fué el ingles Watt el primero que construyó verdaderas máquinas a vapor destinadas a la industria. Era el año de 1775, fecha notable en la historia del mundo.

¡Cosa rara! Los franceses trataron como loco a Salomon de Caux i se rieron de Fulton. En 1802 hizo éste en Paris el primer ensayo del buque a vapor. Napoleon que veia tan léjos, miró aquel buquecito i no dijo nada. No comprendió que esta invencion debia cambiar la marina, i transformar la navegacion, Fulton despechado marchó a Estados Unidos i en 1807 lanzó sobre el Hudson el primer vapor para la navegacion entre Albany i Nueva York. Los yankees se entusiasmaron con el descubrimiento de su compatriota i lo apoyaron. El tiempo ha probado que tenian razon.

ABRAHAM KÖNIG.

---

---

## VENECIA

---

(CONTINUACION)

Miéntras la madre hablaba con su vecino de aquel antiguo amigo, era tal la boga de Lord Cadurcis que tambien servia de tópico a otra conversacion que escuchaba Venecia. Se hablaba de él de bien diversa manera. Nadie ponía en duda su jénio pero se discutian sus ideas, su carácter, sus hábitos asombrando a Venecia los detalles de esa conducta caprichosa, esas opiniones salvajes, esos hábitos escéuticos que se atribuían al compañero de su juventud.

Después de la comida Annabel presentó su hija al Capitan Cadurcis, quien sin esfuerzo confirmó la buena idea que de él se habia formado la señora.

### XVI

Una partida de amigos retirándose del baile de la Corte se acercaban a Lord Cadurcis. Hablaban con entusiasmo de una jóven presentada en palacio aquella noche. Nunca se habia visto nada que pudiera serle comparado. Los reyes le habian hecho manifestaciones especiales. Un príncipe habia sido su caballero.

—Oh! Cadurcis, dijo un jóven, es la única criatura que creo digna de ser una de tus heroínas.

—¿De quién hablan? preguntó Cadurcis.

—De Miss Herbert por supuesto.

—Qué! Ve—quiero decir Miss Herbert, exclamó Cadurcis.

—Sí ¿la conoces?

—Quiéren decir ustedes... Lord Cadurcis se detuvo i después de un momento continuó: ¿Qué Miss Herbert es ésta?

—La Miss Herbert. La hija de Herbert. La que presentaron hoy con su madre en la corte.

—Lady Annabel?

—La misma.

—I yo que ni siquiera sabia que estaba en la ciudad!

Era tal la irregularidad de su vida que no veia a su primo desde hacia dos dias. Principió a pasearse por el cuarto i despues de un largo silencio volviéndose a sus compañeros les preguntó si ya estaria concluido el baile.

—Sí, todos se fueron a Ranelagh.

—Tengo un capricho estraño, dijo Cadurcis, i si Uds. quisieran acompañarme iríamos tambien a Ranelagh.

Habia allí mucha jente i luego la presencia de Lord Cadurcis hizo sensacion. En todas partes se pronunció su nombre i muchos se acercaron para recibir una mirada del héroe del dia.—¿Cuál es él? Ese jóven elegante? Nó, el otro seguramente. ¡Qué distinguido! ¡Qué melancólico! ¿Cree Ud. que sea tan desgraciado como parece? ¿Quién es esa señora que saluda? Habla con el duque de..... Tales observaciones se podian oir miéntras Cadurcis recorria la sala. En su segunda vuelta vió venir a las Herbert. Lady Annabel se apoyaba en el brazo de su hermano. Venecia estaba al lado de su tia rodeada de jóvenes entre los que con sorpresa reconoció a su primo. Venecia hablaba con animacion. Apénas pudo reconocer la compañera de su juventud. Sin duda que en esa sociedad sin rival en el mundo por la belleza, la gracia i el esplendor ella quedaba sin paralelo posible.

Tan distraidos estaban en su conversacion que habria pasado desapercibido cualquiera que no fuese Lord Cadurcis, pero cien bocas ántes de que se aproximara lo habian anunciado. Venecia tenia ansiedad de verlo. Sus ojos se encontraron. El saludó profundamente. Cuando Venecia levantó la cabeza ya habia pasado.

—¿Cree Ud. que mi primo ha cambiado desde que no lo vé? preguntó el capitán a Venecia.

—Apénas tuve tiempo de verlo pasar, contestó ella.

—Quisiera que Ud. me permitiera traerlo. No ha sabido hasta este momento que Uds. están aquí.

—Oh! nó, dijo Venecia. No lo incomode.

De nuevo Lord Cadurcis volvió a pasar, i ahora sin vacilar se detuvo i dirijiéndose a Venecia le dijo:—¿Tengo el honor de ser reconocido por Miss Herbert?

—Tengo mucho gusto de volverlo a encontrar, repitió Venecia con afectuosa sinceridad.



—I Lady Annabel, a quien todavía no he podido ver, ¿está bien? No sabia que Uds. estuviesen en Lóndres hasta que oí hablar de su triunfo de esta noche.

La condesa habló al oído de su sobrina i Venecia presentó a Lord Cadurcis a su tia. Esta fué para él una circunstancia favorable. Deseaba entrar en el círculo de las Herbert i tenia razones para sospechar que Lady Annabel no lo miraria ya con ojo favorable. Resolvió ganarse a la tia. Pocas personas eran mas atrayentes que Cadurcis i a esto se unia la situacion en que se encontraba respecto de la sociedad. La condesa que era una de sus admiradoras estaba preparada para que él la encantara. Habló mas con la tia que con Venecia, pero cuando se dirijia a ésta habia en su tono tanto cariño i ternura que impresionaba su corazon i fascinaba su imaginacion. Ni podia ella ser insensible al halago que experimentaba oyendo a cada instante expresar la emocion que despertaba la presencia de Lord Cadurcis.

—Hace mucho tiempo que nos conocemos i mucho tiempo que no nos encontramos, dijo Venecia.

—Delicada reconvencion, contestó el Lord; pero mas bien es una desgracia que una falta. Mis pensamientos han estado con frecuencia, debiera decir siempre, en Cherbury.

—¿I la Abadía? Ha olvidado Ud. la Abadía?

—No he estado allí, desde una mañana que quizás Ud. recuerda, dijo el Lord en voz mui baja. Ah! Miss Herbert, añadió suspirando, era mui jóven, he vivido lo necesario para cambiar muchas opiniones, algunas de las cuales Ud. desaprobó entónces.

Algunos momentos despues Plantagenet ofrecia sus respetos a Lady Annabel, quien los aceptaba con una cortesía escasamente cordial, pero la condesa se apresuró a presentarlo a su marido con una uncion que no dejó de asombrar a su cuñada i se apresuró a invitarlo a comer para el dia siguiente. La esperanza de encontrarse de nuevo con Venecia lo hizo aceptar sin vacilar un momento.

A pesar de la fria reserva de Lady Annabel, Cadurcis, al dia siguiente, acompañado de su primo, se aventuró a ir a verla. Habian salido, pero la condesa, que tenia un tacto delicado, habia preparado para recibirlo una reunion en que se encontraban muchos amigos de Cadurcis i entre ellos el obispo de— Todos eran admiradores del poeta.

A la hora de comer lo sentaron al lado de Lady Annabel. Le habló de antiguos dias con una emocion que no trató de reprimir i aludió al presente con una delicadeza exquisita. Lady Annabel era cortés pero fria. Lo trataba como un estraño. Oh! cuánto suspiraba Cadurcis,

hastiado con el incienso de todo un mundo por una sola felicitacion de Lady Annabel! Pero nada podia conmoverta.

—Jorje, le decia Lord Cadurcis hablándole del capitan, es mi único pariente i es mi amigo.

—Espero que será siempre su amigo, contestó Lady Annabel.

—Las amistades del mundo son como el viento que pasa, exclamó Cadurcis.

—Me sorprende que Ud. hable de este modo, le interrumpió Lady Annabel, Ud. que tiene tantos amigos.

Lord Cadurcis se sonrió.

—Quisiera, le dijo, poder incluir a Lady Annabel Herbert entre ellos.

—Creo que no hai ninguna base para nuestra amistad mi Lord. Nuestras opiniones son tan diversas que debo creer que no puede haber gran simpatía en nuestros sentimientos.

Cadurcis se sintió exasperado, pero se resolvió a hacer un nuevo esfuerzo.

—Apénas puedo creerme en Lóndres ahora, le dijo. Estar sentado al lado de Ud., ver a Miss Herbert, oír al doctor Masham! Oh! ¿no trae todo esto a su memoria Cherbury, Marringhurst o ese dia de Cadurcis en que Ud. tuvo la bondad de acompañarme en mi frugal comida? Ah! Lady Annabel, esos dias fueron felices! Esos fueron sentimientos que no podrán morir! Entónces fuimos amigos; séamos amigos ahora.

—Ya estoi vieja para cultivar nuevas amistades, le respondió ella, i si debemos volver a ser amigos, Lord Cadurcis, siento decirle que tendríamos que principiar de nuevo.

Cadurcis tembló, brilló en sus ojos esa mirada sombría que cuando se pintaba entre sus párpados le era difícil borrar. Desde ese momento no volvió a hablar.

Venecia lo observaba, veia con interés sus esfuerzos por agradar a su madre i con sincero dolor vió su fracaso. A pesar de aquella entrevista tempestuosa cuyo resultado fué una separacion violenta, Venecia siempre lo miraba con afecto. Durante los últimos tres años habia sido siempre, en lo mas íntimo de su corazon, su propio Plantagenet, su hermano adoptivo, a quien amaba i en cuya suerte se veia profundamente envuelta.

Pero todo lo que Lady Annabel habia oido de Cadurcis, todos los informes que en esos dias habia rápidamente recojido de su carácter i sus hábitos no le permitian renovar su intimidad. Esa misma mañana habia leído el poema de que Lóndres entero se ocupaba i lo habia

leído con horror. Miraba a Cadurcis como un hombre perdido. Para ella, desde su matrimonio un hombre lleno de imaginación era un objeto de terror, pero había algunas particularidades en el genio de Cadurcis, que aumentaban todavía esa aprensión singular. En medio de todo el fervor de sus pasiones indómitas i la violencia de su pensamiento arrebatado, un sentimiento de íntimo egoísmo le parecía impreso en cada una de las páginas que hojeaba. Por grandes que pudieran ser los errores de Herbert, por horribles que estimase los crímenes a que esos errores lo habían conducido, ellos podían sin embargo ser atribuidos más bien a una manera falsa de mirar la sociedad que a él mismo. Pero el ídolo de Cadurcis era él mismo, él mismo transformado en un fantasma que Lady Annabel veía preñado no solo de terribles crímenes sino también con los vicios más bajos i humillantes. La degradación que en el caso de su marido era la consecuencia de un mal sistema, en el caso de Cadurcis sería la consecuencia de una mala naturaleza. Cuando pensaba que en otro tiempo había sido probable el matrimonio de este hombre con su hija, que había sido posible que Venecia sintiera los mismos tormentos de que ella había sido víctima; que había mirado ese matrimonio con agrado, que lo había estimulado en sus progresos i lamentado su brusca ruptura; pensando en todo esto temblaba, palidecía.

Después de la comida, Lord Cadurcis se quedó solo en una estremidad del salón, parecía absorbido por un pensamiento, pero su ojo espiaba a Venecia con cuidado. Su tía se acercó a ella, para invitar a cantar a la señorita que conversaba con Miss Herbert; Lord Cadurcis inmediatamente avanzó i ocupó el asiento. Venecia se sorprendió de ver que por la primera vez en su vida se sintiera embarazada estando al lado de Plantagenet. Había encontrado su mirada cuando se aproximaba i lo había saludado o tuvo al menos intención de saludarlo con una sonrisa; la agobiaba el recuerdo de la conducta de su madre i miraba al suelo muy lejos de estar tranquila.

—Venecia! dijo Lord Cadurcis. Ella tembló. Estamos solos, añadió, déjeme llamarla Venecia cuando estemos solos.

Ella no podía, no sabía responder; estaba confundida; la sangre subía a sus mejillas.

—¡Que cambiado está todo! continuó Cadurcis. ¡Pensar que llegaría un día en que debiera pedirle permiso para llamarla Venecia!

Ella miró i sus miradas se encontraron. El estaba triste, mas aun, sus ojos estaban llenos de lágrimas. Le parecía ver a su lado el gentil i melancólico Plantagenet de su juventud.

—No puedo hablar, estoy muy ajitada con su encuentro, le dijo con

su injénua franqueza. Hace tanto tiempo que no estamos solos i como Ud. dice todo está tan cambiado.

—¿Pero está cambiada Ud. Venecia? le preguntó con emoción. Porque el cambio de lo demás nada me importa.

—Lo he vuelto a ver con gusto, le contestó, i oigo hablar de su fama con orgullo.

—Pero su madre no me encuentra con gusto.

—Ud. talvez se engaña.

—Nó, nó, contestó sacudiendo la cabeza. He leído en lo más íntimo de su alma hoy. Su madre me aborrece a mí, a quien un tiempo llamó su hijo. Porque en un tiempo ella fué mi madre i Ud. fué mi hermana. Si he perdido el corazón de su madre ¿por qué no he perdido también el suyo?

—Mi corazón no ha cambiado. Yo lo he querido cuando éramos niños i Ud. nada ha hecho para perder ese cariño. Es suyo todavía.

—Cuando éramos niños! exclamó Cadurcis, cuando éramos inocentes, cuando éramos felices! Ud., a lo ménos, todavía es inocente i es feliz, Venecia.

—La vida para mí también ha tenido pesares, Plantagenet.

—Cuando estuve en Cherbury por la última vez, Ud. me dijo que había cambiado Venecia, i en otra ocasión me reveló la causa secreta de ese dolor. Yo entonces era un niño, un niño loco e ignorante. En vez de simpatizar con su angustia, mi torpe vanidad se ofendió por sentimientos que debiera haber compartido, suavizado i honrado.

—Plantagenet, créame que yo solo recuerdo esa entrevista para lamentarla. Los dos hicimos mal, pero los dos éramos niños i debemos mutuamente perdonarnos nuestras faltas.

—Ud. oirá, Venecia, hablar mucho sobre mi conducta i mis opiniones. Pero de todo solo crea que mis sentimientos para con Ud. nunca han cambiado i si algunos de mis juicios de muchacho, han, como es natural, sufrido una transformación, quede Ud., mi dulce amiga, consolada en cierto modo de ese cambio que me ha hecho aprender a juzgar mejor a alguien de quien en otro tiempo los dos sabíamos poco, pero a quien la inspiración natural le enseñó a apreciar debidamente.

Venecia no pudo retener las lágrimas; se esforzó en ocultar su agitado semblante detrás del abanico.

—Oh! Venecia, exclamó Cadurcis, si nos pudiéramos encontrar juntos con él. Nosotros debemos estar juntos. Ud. debe tratar de conciliar a su madre. ¿Será posible que nos separemos para siem-

pre? Yo no puedo vivir si no nós encontramos con aquella franqueza de otros dias.

—Yo creo que Ud. se engaña respecto de mi mamá. Recuerde que hace tanto tiempo que no lo vé. Por otra parte, no olvide que tenemos amigos, amigos comunes. Mi tia lo admira. El obispo de—todavía lo ama, i su primo..... mi mamá quiere a su primo. Estoy cierta de que si Ud. tiene paciencia todo quedará como ántes. Recuerde tambien cuánto ha cambiado su posicion, añadió sonriendo; Ud. me permite olvidar que Ud. es un grande hombre, pero mi mamá no puede hacerlo. Cuando ella vea que Ud. es realmente el Lord Cadurcis a quien ella conoció tan niño, el Lord Cadurcis que sin ella no habria sido capaz nunca de escribir sus poemas—oh! le querrá de nuevo!

Cadurcis se sonrió.

—Veremos, le dijo. Pero entretanto, Venecia, no me olvide Ud.

—Sabe Ud., le dijo Venecia despues de una pausa, yo lo estoy tratando como un poeta solamente por deferencia a la opinion pública. No me han permitido leer ni una línea suya, pero estoy resuelta a ser rebelde por esta vez i Ud. debe encargarse de arreglarlo todo.

En ese momento la condesa se aproximó i dijo a Venecia que su madre deseaba hablarle. Lady Annabel habia descubierto la conferencia i resuelto ponerle fin inmediatamente. Lord Cadurcis habló mucho con la condesa, quien se quedó encantada con él, creyendo que no era Venecia el principal atractivo que encontraba el poeta en aquella amable sociedad.

## XVII

Nuestros lectores conocen ya a Lady Monteagle a cuya casa se dirijia Cadurcis. Durante mucho tiempo el noble poeta solo habia visitado esos salones, resistiéndose tenazmente a frecuentar cualquier otra sociedad. Esto habia acabado por hacer que esa señora mirara ya a Cadurcis como su esclusiva propiedad i sufriera mortificada en su amor propio al saber que su amigo habia estado en casa de los Herbert.

—¿Cómo le va? dijo la señora con maliciosa sonrisa al verlo entrar. Verdaderamente que hoi no esperaba verlo.

Cadurcis pareció un poco estrañado de aquel recibimiento.

—Ud. parece distraido, continuó Lady Monteagle. Ayer estuvo en una reunion mui escojida.

—Mucho.

—Me han hablado de miss Herbert. Es una niña mui interesante.

—Me parece así.

—Talvez mui alta..... me parece!

—¿Le parece a Ud.?

—Hermosa estatura ciertamente, pero le falta elegancia.

—¿Cree Ud.?

—Lindos ojos. Negros, segun creo. No puedo decir que admiro los ojos negros. Son un signo de mal carácter, segun dicen.

—¿Dicen eso?

—Nadie puede negar que es una linda figura, i todos deben sentir que con su aire decididamente provincial i su falta de maneras, lo que naturalmente debia aguardarse de la educacion rústica que ha recibido, haya caido en manos de su tia..... Es jente que no tiene tono, ni influencia social.

—Yo las aprecio mucho.

—Sí, pero era lo mas ridículo para un hombre como Ud. a quien todos admiran, i de quien la menor atencion es un honor, ir a apresurarse a hacer manifestaciones de esa especie a una campesina de quien hasta la jente mas vulgar se rie.

Lord Cadurcis, variando de conversacion, hizo una broma i durante una hora en su lenguaje epigramático jugó con la charla. Saliendo de allí, se dirijió a la casa de las Herbert. No las encontró, pero aprovechó esa oportunidad para estrechar su intimidad con la tia de Venecia.

En el teatro, en las tertulias, en las grandes recepciones, a veces en casa del obispo de— i otras en casa de Lady Annabel se encontraba con Venecia.

Esos momentos saboreados de antemano en una larga expectativa i que pasan fugaces, dejan en el alma, por incompletos que sean, no sé qué dulce calma, no sé qué grato consuelo! Cadurcis encontraba en ellos la fuerza necesaria para sostener la constancia en su carácter. Los aguardaba, los espiaba, con la atencion de un cazador que teme.

Habia pasado una quincena desde su última entrevista, cuando Lord Cadurcis entraba en el salon de Venecia. Su madre i su tia habian salido. Venecia quedó sorprendido al verlo i, sabiendo la manera de pensar de su madre respecto de él, estuvo ajitada por un momento. Aprovechó esta ocasion para hablarle de sus versos; i mientras sin afectacion le descubria la impresion que le habian hecho, se quejaba de los juicios que daba de Lady Annabel. Esta fué la causa de una larga conversacion sobre su padre. ¡Con qué profunda i soste-

nida atención ella escuchaba el entusiasta dibujo de su carácter i carrera! ¡Cuántas preguntas le hacia i con qué afectuoso cariño él dejaba satisfecha su natural curiosidad! Pasaron las horas mientras hablaban de este modo.

—Oh! si pudiera verlo! dijo Venecia suspirando.

—Ud. lo verá, su destino lo necesita. Lo verá, hagan lo que quieran, como vió su retrato.

Venecia sacudió la cabeza.

—I sin embargo, mi madre lo ama! añadió.

—Su vida lo prueba, dijo Cadurcis con amargura.

—Creo que lo prueba, respondió Venecia sinceramente.

—No pretendo conocer su corazón, es un enigma que yo no puedo resolver. Debo creer que ella tiene un corazón; pero creo también que su orgullo es más profundo que su amor.

—No supieron comprenderse, dijo Venecia tristemente, i sin embargo es uno de mis sueños que se encuentren otra vez.

—Ah! Venecia, no se conocieron desde la infancia como nosotros. Se encontraron i se separaron de prisa.

Venecia no contestó. Sus ojos fijos i distraídos estaban clavados en sus manos.

—Dígame, dijo Cadurcis acercando su silla, dígame, Venecia, si.....

En ese momento un golpe en la puerta anunció la llegada de Lady Annabel i su cuñada. Cadurcis se puso de pié; pero su silla, que quedaba cerca del asiento de Venecia, no se escapó a la rápida mirada de la disgustada madre. La condesa saludó a Cadurcis con la mayor cordialidad, pero Lady Annabel apenas le contestó ceremoniosamente.

—Quédese a comer con nosotros, mi querido Lord, dijo la condesa. Estamos solos con Lady Annabel i Venecia.

—Mil gracias, Clara, dijo Lady Annabel, pero hoy no podemos quedarnos aquí.

—Oh! exclamó la condesa. Udes. tienen que quedarse, estaremos muy bien acompañadas con Lord Cadurcis.

—No puedo, mi querida Clara, hoy no, otro día. Ya es hora de que nos vamos, Venecia.

## XVIII

Lady Annabel se manifestó volviendo a casa esmeradamente cariñosa con su hija, pero no se ocultaba a Venecia, que la presencia de Cadurcis era la razón porque su madre no había querido quedar-

se a comer; vagando entre sus sueños respondia con un aire preocupado las preguntas de su madre.

—Una tarde de quietud en casa, Venecia, será un descanso despues de tantos paseos.

Venecia asintió a la observacion de su madre i cerca de un cuarto de hora trascurrió sin que dijera una palabra. Venecia habia tomado un libro i su madre parecia absorbida en sus reflexiones. Por fin dijo, con cierta brusquedad:

—Hace mas de tres años, me parece, que Lord Cadurcis dejó a Cherbury.

—Sí, mas de tres años, contestó Venecia.

—Nunca le he preguntado, Venecia, la causa de esa repentina separacion, pero siempre he creido que Ud. la conocia. Supongo que no estoi equivocada.

Esta no era una pregunta mui agradable para Venecia, así es que no se apresuró a contestarla. Pero con su habitual franqueza, despues de un momento de vacilacion, le dijo:

—Lord Cadurcis nunca me ha dicho cuál fuera la causa de su conducta, mamá; yo misma me sorprendí mucho con su partida, pero la mañana que dejó a Cherbury tuvimos una conversacion a que, reflexionando, la he atribuido.

—¿Lord Cadurcis queria casarse con Ud., Venecia, i Ud. lo rechazó?

—Así sucedió, le contestó Venecia ajitada.

—Ud. hizo lo que debia hacer i he sido mas que débil cuando he lamentado su conducta.

—¿Porqué me habla así, mi querida mamá?

—Sin saber cual fué la causa que la determinó a proceder de esa manera, veo en su conducta una Providencia que la ha salvado. A no ser su estremada juventud, no habia entónces en apariencia razon alguna que no la determinara a proceder de un modo bien distinto. Tiembló, al pensar cuáles habrian sido las consecuencias.

—¿Ud. tiembla?

—Tiemblo, Venecia. Mi único pensamiento en esta vida ha sido la felicidad de mi hija. I ha estado en peligro.

—Yo no créo lo mismo, mamá; usted parece preocupada en contra de Plantagenet. Eso me hace sufrir mucho i a él tambien.

—¿Que él es otra vez su pretendiente?

—Nó, mamá.

—Lo será. Aguárdelo. ¿Sus sentimientos para con él son los mismos que ántes?



—Mis sentimientos, mamá! Yo siempre he amado a Plantagenet i lo amo todavía.

— ¿Pero lo ama Ud. tanto como ántes?

—Entónces lo miraba como un hermano. Ahora él no tiene alma para los afectos fraternales.

—Yo le suplico que me diga, a mí, su madre, su amiga, su mejor, su única amiga, dígame: se ha arrepentido Ud. alguna vez de no haberle concedido mas afectos que los de una hermana?

—No he pensado en eso, mamá; no he querido nunca pensar en eso. Pero Lord Cadurcis ahora no es mi pretendiente.

—Ha pensado Ud. alguna vez en mi felicidad? preguntó Lady Annabel.

—Madre! exclamó Venecia en un tono de súplica. No me haga preguntas tan crueles. ¿A quién amar sino a Ud., la mejor, la mas querida de las madres que jamas existieron? ¿I qué puede haber en la vida capaz de hacerme posponer su felicidad?

—Entónces, Venecia, dijo Lady Annabel en un tono solemne, esa felicidad se ha acabado para siempre i mi vida será una perpétua expiacion, si jamás consiento en que Ud. sea la novia de Lord Cadurcis!

—No pienso ser la novia de nadie. Soi feliz con Ud. i quisiera no dejarla jamás.

—Mi hija, el cumplimiento de ese deseo es superior a la naturaleza humana. Dia llegará en que debemos separarnos; estoi preparada i lo aguardo con resignacion porque creo que aumentará su felicidad, pero si eso pasa lo destruyera entónces. ¡Ah! entónces no podría vivir. Puedo soportar mis propios sufrimientos, puedo luchar con la amargura de mi destino, tengo en mí misma consuelos que me hacen capaz de resistir a mi propia desgracia; pero la suya, la suya, Venecia, no la podria resistir! Nó, si alguna vez la viera, arrastrándose por la vida como su madre, perdidas sus esperanzas, con el corazon despedazado, no podria sobrevivir a ese espectáculo. No podria, Venecia!

—¿Pero por qué pensar en esas desgracias? ¿Que no soi feliz ahora? ¿Que Ud. no me quiere?

—Venecia! Ahora debo hablarle de un asunto de que nunca hemos conversado. Debo hablarle. I diciendo estas palabras la voz de Lady Annabel se hacia mas i mas baja. Debo hablarle sobre su padre.

AUGUSTO ORREGO LUCO.

---

---

## REVISTA DE LA QUINCENA

---

*Santiago, junio 30 de 1872.*

Buenos proyectos continúan manifestándose. Verdad es que hasta la fecha ninguno se realiza; pero como la intencion es lo que vale, hai motivo para estar contento. La plácida situacion de que hablábamos hace quince dias se ha prolongado durante estos otros quince. La calma es patriarcal i universal la satisfaccion. Parece que el siglo de Augusto hubiera vuelto a renacer.

Miéntras esto sucede con nosotros, la vecina república del Perú es un verdadero campo de Agramante. El problema de la eleccion presidencial está preocupando todavía los espíritus; i el coronel Balta, empeñado en manifestar que la santa virtud de la paciencia no es desconocida para el público peruano, sigue veloz en esa larga carrera de absurdos i de cólera que lo conduce ordinariamente a cerrar las imprentas de oposicion.

Cuando se observa la actualidad de ambos paises, hermanos por su oríjen, por su lengua, por su educacion i por sus costumbres, no es posible prescindir de cierta impresion de vanidosa complacencia. A pesar del duro proverbio que lo niega, el mal de muchos será siempre un consuelo miéntras sea relativa la idea de la felicidad. El coronel Balta suprime de un golpe tres publicaciones en la ardiente capital del antiguo vireinato. Aquí, en esta fríjida Santiago, se dá el último paso para acabar con los vestijios de una desusada lei de represion. La costumbre la habia condenado ya; i, aunque tarde, en Chile las opiniones se transforman en leyes como los niños se convierten en hombres.

Lo único que viene a perturbar esta quietud i a debilitar este optimismo, son los manejos incesantes i la actividad infatigable del partido clerical. Para detener la corriente irresistible del progreso, comprende que es necesario hacer esfuerzos de jigante, i prodiga sus sacrificios i su conciencia con increíble perseverancia. Las ideas brotan de los cerebros, de los corazones i de los acontecimientos con el poder irresistible con que brotaron las montañas en las creaciones primitivas; i el clericalismo, que mide el alcance de sus fuerzas por la enerjía de su voluntad, no pierde la esperanza de aplastarlas, mas tarde o mas temprano, bajo el peso de una tradicion diez veces secular.

Abolir el fuero eclesiástico, como lo exige el señor Puelma, secularizar los cementerios, como lo propone el señor Santa-María, regularizar el matrimonio de

los disidentes, como lo avanza el señor Reyes, sería cumplir con un triple deber de justicia que reclaman nuestro interés, nuestros adelantos i nuestra civilizacion. Desterrando con el uno un privilegio odioso i devolviendo con los otros una facultad inalienable, no se haría mas que restablecer el derecho comun en toda la república. El disidente vende, compra, arrienda, publica, sufraga sin necesidad de leyes especiales que se lo permitan espresamente. No se busca pues mas que la universalidad del derecho i la justicia; i si hombres públicos honrados miran con buenos ojos la permanencia de la situacion actual, es porque, al entrar en el camino del progreso, el espíritu sufre dificultades para despojarse de sus preocupaciones así como la lengua, al hablar idiomas extranjeros, experimenta dificultades para olvidar su acento primitivo.

Estos proyectos, fáciles, simples i de una justicia eminentemente distributiva, han derramado la semilla del espanto en el seno del clero arzobispal. En casa de uno de sus miembros mas distinguidos se ha celebrado una reunion en que, con la aprobacion tácita aunque no espontánea de todos los concurrentes, se acordó negar la asistencia religiosa a todo el que directa o indirectamente coopere al establecimiento de aquellas innovaciones, sin perjuicio naturalmente de cuantos medios de resistencia i amenaza se puedan ejercitar para espantar a los tímidos e intimidar a los resueltos.

Una de las víctimas, la primera víctima de este movimiento desesperado, ha sido don Diego Barros Arana en su carácter de rector del Instituto Nacional. La fuerza de las cosas, las luces de la ciencia, la verdad de la enseñanza, habian hecho de ese establecimiento el cuartel jeneral en que se reclutaban los futuros soldados del progreso i de la libertad. Desde el primer instante el clero comprendió que era indispensable destruirlo, i principió un trabajo subterráneo cuyo mejor obrero ha sido el honorable ministro de instruccion. El señor Barros, al divisar los obstáculos que en su camino amontonaba el clero por mano de la autoridad administrativa, pensó por un momento en su separacion. Pero era una grande lucha aquella que lo aguardaba, i el señor Barros, recordando que un hombre vale ménos que una idea, se resolvió a permanecer. Contando con la fuerza por un lado i con la elasticidad de su conciencia por el otro, el clero no acostumbra darse por vencido. Continuó silencioso en su tarea. La desmoralizacion bajó de los superiores de su devocion a alumnos inconscientes, i el internado ha sufrido una suspension temporal que es el primer ataque dirigido contra el señor Barros a cara descubierta.

El público, mas justo esta vez que de ordinario, le ha dado ardientes muestras de simpatía. El señor Barros se ha mantenido en el puesto del deber. Su separacion hubiera comprometido el porvenir de la enseñanza; i a pesar de los lazos que se le tendian, el señor Barros continuó al frente del Instituto enriqueciendo su biblioteca con una jenerosidad poco comun, i trabajando con un ahinco incomparable por el mejoramiento de los gabinetes de ciencias naturales i por el perfeccionamiento jeneral de la instruccion: propósito literalmente realizado, porque en los dias que ha permanecido a su cabeza es una verdadera transformacion lo que ha experimentado el Instituto Nacional.

La filosofía que ántes del señor Barros se enseñaba, era algo que no tiene nombre en los fastos escolares de pais alguno. Allí aprendíamos de memoria las causas de los errores i los modos de evitarlos, lo que no nos impedia estar eternamente en el error. Sabíamos, sin discrepar en una tilde, las listas para-

lelas de los reyes de Israel i de Judá, contestábamos sériamente que Rómulo habia sido criado por una loba, describíamos minuciosamente la cruz de fuego que se mostró a los ojos de Constantino, podíamos repetir las profecías de la burra de Balaan, i nos preocupaban gravemente el buei parlante de Tito Livio i el fantasma sombrío de Farsalia. Para completar este famoso sistema de educacion, el curso de historia terminaba con la reunion de los Estados Jenerales, i quedábamos a buenas noches de lo ocurrido desde 1789 hasta nuestros dias.

Así las cosas, si bien el clericalismo no estaba perfectamente satisfecho, tampoco se sentia profundamente disgustado. Pero llegó el señor Barros al Instituto Nacional, i una de sus primeras innovaciones fué establecer una Academia cuyo primer curso hizo el ilustre i malogrado filólogo don Justo Florian Lobeck. Nos habló de la civilizacion de los pueblos antiguos, de la marcha lenta i trabajosa que la formacion del lenguaje ha tenido que recorrer, i nos descubrió en fin un mundo nuevo, que no habíamos podido sospechar jamás con la enseñanza falsificada que allí se recibia. Estableció despues las clases de ciencias naturales, que dan al hombre el hábito de la observacion i le inspiiran amor a la lójica i la verdad; imprimió un impulso poderoso a la biblioteca del establecimiento, i desarrolló i favoreció entre los jóvenes la aficion a la lectura, perseguida ántes de él mas que como holgazanería como temeridad. El señor Barros se consagró con una constancia infatigable a la confeccion de textos elementales adaptados para la intelijencia de los niños. Recorriéndolos al azar nos encontramos con su tratado de *Jeografía Física* i leemos en el prólogo la enunciacion de una reforma radical introducida por él en el sistema de enseñanza. Es el primer libro impreso en Chile i de escritor chileno en que se da poca importancia a las definiciones abstractas de los conocimientos humanos. «La jeografía física, dice, es un nuevo esfuerzo para acabar de proscribir ese sistema de estudios que consiste en aprender palabras i frases sin entender su sentido. Por esto he evitado en cuanto es posible las definiciones empíricas i de ordinario imperfectas que se encuentran en muchos libros elementales. A mi juicio, basta que los jóvenes comprendan bien una cosa aunque no sepan definirla por medio de una frase mas o ménos vacía, mas o ménos significativa.» Hé ahí toda una revolucion que desgraciadamente no cuenta con muchos partidarios en la seccion superior de la Universidad.

Para aplacar la cólera del cielo, que justamente irritado por estas siniestras maquinaciones de sus ministros está descargando el azote de la viruela sobre las espaldas de la parte precisamente mas católica de la poblacion, el señor arzobispo de Santiago imaginó una rogativa a que fueron invitadas diversas autoridades i corporaciones. La funcion se verificó con las solemnidades de estilo el 21 del presente; pero aunque desde entónces hasta ahora vaya transcurrido el tiempo necesario para que la noticia haya llegado al cielo, todavía no se divisa la influencia poderosa que necesariamente debe haber ejercido esta rogativa sobre la marcha i el carácter de la viruela. Los batallones cívicos asistieron con su gravedad acostumbrada i siguieron sus huellas con el paso mas majestuoso de la táctica. Institucion eminentemente pacífica que huele poco el humo de la pólvora i que jamás ha hecho una víctima en el campo de batalla, es justo que la guardia nacional aspire las plomizas nubes del incienso i que ruegue a Dios por la vida de los apestados.

A pesar de la rogativa, la viruela ha continuado esparciendo la alarma en to-

da la poblacion. Vivimos respirando una atmósfera de cloruro de cal, i la mortalidad ordinaria pasa del 50 por ciento entre los variolosos asistidos por la beneficencia pública. Miéntas esta cifra enorme pasea la devastacion por los lazaretos, la proporcion entre los enfermos i los habitantes de Santiago no alcanza quizás a un tres por ciento. A pesar de lo insignificante de este número, el espanto se ha hecho jeneral. En un solo dia han acudido a la oficina central de vacuna mas de mil trescientos individuos; pero el éxito ha manifestado que las simples inoculaciones de agua tibia, que se practican allí, no tienen las virtudes preservativas de las inoculaciones de *cow-pox*, que todos desearian encontrar.

Pero si por este lado Santiago está impregnada de miasmas insalubres, por otro principia a desprenderse de los hogares un perfume de felicidad. Sopla viento de amor. El viento de amor ha producido una alarmante epidemia de matrimonios; i si es espantosa la actual estadística de la muerte, la estadística futura de la vida no puede ser mas consoladora. En las próximas festividades de setiembre se verán simpáticas parejas iluminadas por los rayos indescriptibles de la luna de miel. Los unos habrán realizado ya ese sueño del alma que tiene el hermoso privilejio de conservar su dulce poesía aun despues de haberse convertido en realidad. Los otros, derramando incesantemente esa gota de agua a que se dá el nombre de perseverancia, conseguirán al fin romper los pedernales exteriores de mas de un corazon. En los unos la plácida mirada de las ilusiones cumplidas: en los otros la mirada inquieta de esa noble envidia que consiste en desear para sí la dicha que se aplaude en los demás.

Nuestro amigo i colaborador don Adolfo Valderrama, que con su talento combate en los lazaretos la epidemia de la viruela, con su espiritualidad ha querido combatir en los hogares la epidemia del matrimonio. En los dos tipos con que ha regalado a los lectores de la REVISTA, presenta por su lado vulnerable la lengua vivaz i la sensibilidad esquisita de la mujer. Pero si hai labios de azogue que permanecen en un movimiento interminable, hai silencios de tumba que uno daria la vida por romper. ¿Quién es el que no ha pedido suplicante una respuesta afirmativa a esa interrogacion indefinible: me ama usted? ¿Quién seria bastante destituido de sentimientos para encontrar larga la eternidad si por toda la eternidad hubiera de recibir aquella contestacion? I luego, no es ya el tiempo de las Amazonas. Los dedos que recorren el teclado no son a propósito para oprimir el gatillo de un revólver, i no se concibe una mujer sin los pálidos desmayos de la dicha, sin las lágrimas cristalinas de la ternura i sin los blandos suspiros del amor, como no se concibe el cielo sin su azul ni la luna sin su dulce claridad.

Pasar del amor al arte no es hacer una violenta transicion. El arte es la apoteosis de la belleza en sus diversas formas i en sus diversas manifestaciones, i el hombre es bastante perspicaz para descubrir siempre una belleza en todos los objetos de su amor. De tres años a esta parte se nota en Santiago un movimiento artístico que cada dia va adquiriendo mayor intensidad. A la fecha existen dos grandes sociedades musicales: el Orfeon de Santiago, que cuenta en su seno a todos o casi todos los profesores de la capital, i el Club Musical, compuesto de unos treinta o mas jóvenes aficionados.

En vista de este progreso, que no por ser lento en su marcha i estrecho todavía en su esfera de accion deja de ser un progreso mas noble que muchos otros, no está demás llamar la atencion de las autoridades hácia las mejoras que podrian introducirse en el Conservatorio Nacional de música. Desde luego se hace indispensable

invertir allí una suma mayor que las determinadas hasta el día, dar una instrucción musical científica i no simplemente superficial como sucede hoi, nombrar profesores competentes, ilustrados i laboriosos, plantear una clase de declamación, ramo completamente desconocido en nuestro país, i transformar por fin este descuidado establecimiento en un verdadero foco artístico que tenga en todo nuestro país una poderosa irradiación.

A este propósito no sería fuera de lugar insistir en la necesidad de establecer la enseñanza de la música vocal en las escuelas públicas. El gasto carecería de importancia, i en cambio sus buenos resultados no se harían esperar. Así lo ha comprendido el señor Lamas, intendente de Concepción, que acaba de decretarla para las escuelas de esa ciudad. Tenemos la satisfacción de ser los primeros que feliciten a este funcionario por la adquisición de esa mejora.

La próxima exposición de artes e industria, decretada por el intendente de Santiago, ofrece a los artistas una brillante oportunidad de ostentar las producciones de su ingenio. En materia de pintura, esperamos que Smith, Lira, Tapia, San Martín, Campos, Janson, Faget, Kirbach, Bianchi, Lebœuf etc., manifiesten que su laboriosidad está a la altura de su talento. En materia de estatuaria, al señor Plaza le toca responder.

Pero, si este movimiento es muy consolador, él no se extiende más allá de un círculo relativamente corto de iniciados. El arte hace prosélitos, pero las resistencias con que tropieza son sin número; i lo que en otros países es gloria i es dinero, aquí es pérdida de tiempo i pérdida de reputación. Desde los primeros días del mes actual, los dos teatros de Santiago permanecen bajo una hermética clausura. En el exterior las tendencias de nuestro público van siendo conocidas, i los artistas son aun suficientemente prosaicos para preocuparse con seriedad del cajón de la boletería. El público tiene siempre una buena razón para justificar su inasistencia. En la época de Rossi observaba que, no siendo el italiano nuestro idioma, mal podía gozarse con el talento de un actor que trabajaba en italiano, como si para hacerse inteligibles a todos los que son capaces de experimentarlas, las pasiones no tuvieran ese lenguaje universal que consiste en las alteraciones vibrantes de la voz, en la oscuridad o en el brillo de los ojos, en la intensidad o la debilidad del movimiento, en las contracciones o la tranquilidad de la fisonomía i, para decirlo de una vez, en las manifestaciones variadas, múltiples e infinitas del sentimiento que es el mismo en todos los corazones i que todos los espíritus saben comprender.

Pero, en fin, Rossi trabajaba en italiano, i bajo este aspecto los Garay parecían preferibles a nuestro público sin perjuicio de parecerle también un poco intolerables. Los Garay, que no carecen de confianza en sus propias fuerzas aunque carecen de fuerzas propias, acudieron al tácito llamamiento del público de Santiago i durante una larga temporada se ciñeron la corona del martirio haciendo a la vez de actores i espectadores.

I ahora, después de tomar en consideración esta atonía, esta indiferencia, este desprecio profundo por el teatro, por el teatro que forma la pasión más irresistible de toda sociedad culta, ilustrada i opulenta ¿es posible dar a Santiago el calificativo de gran ciudad que pretende merecer? Santiago es una población que tiene todos los inconvenientes i ninguna de las ventajas de la ciudad brillante i de la oscura aldea. Es gran ciudad por la majestad de sus edificios, por el número de sus carruajes, por el lujo de sus habitantes, por la elegancia de sus almacenes. Es al-

dea por lo tortuoso de sus calles, por lo irregular de su pavimento, por lo desigual de sus construcciones, por lo poco elevado de sus gustos, por lo monótono de su existencia. Tenemos de la gran ciudad ese inflexible estiramiento que ha alcanzado los honores de una rijidez de bronce, i hemos perdido esa naturalidad de las hábitos, que constituye el encanto de la aldea. Ciudad que no puede sostener un teatro no es ciudad. Aldea en que los palacios se estremecen con el movimiento de los coches no es aldea. Santiago está todavía en época de formación. A la verdad, sus inclinaciones no son buenas; pero aun no hai derecho para dar por perdida la esperanza.

Antes de terminar, una palabra sobre la única novedad bibliográfica que se ha verificado durante la quincena. Por la imprenta del MERCURIO acaba de darse a luz en esta ciudad un volúmen de mas de 300 pájinas en 4.º titulado LA LEGACION DE CHILE EN EL PERÚ, DESDE ABRIL HASTA SETIEMBRE DE 1864, I EL CONFLICTO PERUANO-ESPAÑOL. Su autor es el señor don José Nicolás Hurtado, nuestro encargado de negocios ante el gobierno de Lima en la época mencionada.

El libro del señor Hurtado no tiene la pretension de ser una historia, pero dista ménos de la historia que de una simple i desaliñada compilacion de documentos. Los documentos abundan en los diversos capítulos de que se compone, pero jeneralmente van extractados i seguidos o precedidos de graves consideraciones escritas en un castellano irreprochable i con la animacion del que refiere la batalla que ha peleado. Es la narracion, apoyada en notas oficiales, de ese drama memorable que se abrió en las Chinchas el 14 de abril de 1864 i que todavía no llega a su desenlace definitivo aunque el telon de las conferencias de Washington se encuentre por caer. El diplomático habia cumplido ya con su deber: ahora ha cumplido con el suyo el escritor.

Pero de nuevo pedimos perdon a nuestros lectores. El señor arzobispo de Santiago ha entrado en una importante correspondencia con el señor ministro del culto, i seria descortés no tomarla en consideracion. El Ilmo. prelado cree que, interpretando prudencialmente las concesiones hechas por el SANTO OFICIO DE LA INQUISICION ROMANA, los párrocos pueden servir de simples ministros de fé para autorizar los efectos civiles del matrimonio de disidentes. El honorable señor Cifuentes abraja una opinion idéntica, i nuestros amigos de la prensa diaria han visto en la nota del arzobispo el inesperado cumplimiento de sus lejítimas aspiraciones.

¿No seria oportuno desde luego hacer dotar que el ruidoso liberalismo del altivo pastor de estas ovejas coincide singularmente con la tímida proposicion formulada por el honorable señor Reyes en la Cámara de senadores? La idea del señor Reyes estaba destinada a hacer fácilmente su camino, e iba haciéndolo ya cuando le ha salido al través el liberalismo arzobispal; i despues ¿no seria tambien oportuno recordar que las concesiones hechas por el SANTO OFICIO, prudencialmente interpretadas por el señor Valdivieso, no pueden aceptarse como la fuente del derecho mas sagrado de los individuos i de las sociedades? Encontrándose con una impetuosa corriente de opinion, su señoría, incapaz de detenerla de un golpe, ha preferido seguirla para darse el tiempo de debilitarla.

Táctica eterna de los príncipes de la iglesia, que hace el milagro de vivir en todas las latitudes porque tiene el talento de amoldarse a todas. La liberal interpretacion que hoi da prudencialmente su señoría, mañana puede convertirse, tambien prudencialmente, en una interpretacion atrasada i restrictiva. EL SAN-

to Oficio no puede ser oríjen de derechos en un país republicano que quiere sepultura honrada para todos i que trata de abolir los privilejios creados por los cánones en obsequio de una corporacion determinada. La prudencia es relativa, i la justicia es absoluta. Estamos por la justicia ántes que por la prudencia, por el derecho ántes que por la concesion, por el Congreso ántes que por el Arzobispado. Los hombres ilustrados i verdaderamente progresistas no pueden declararse satisfechos con el procedimiento arzobispal. Necesitamos imperiosamente una lei escrita, positiva, popular, legal, constitucional, que coloque el matrimonio en la categoría i bajo la jurisdiccion comun de todos los contratos. Si todos estamos de acuerdo, si el honorable señor ministro del culto i el Ilmo. señor arzobispo de Santiago no tienen inconveniente para doblar una rodilla ante el altar de la libertad i del progreso, divinidades acusadas ántes de idolátricas i jentiles, entónces nada mas fácil, nada mas natural, nada mas lójico que aprobar la proposicion del señor Reyes para que pronto se convierta en lei de la república. Lo cortés no quita lo valiente. La especie se examina ántes de comprarla. Ya dijo el poeta:

*Timeo Danaos, et dona ferentes.*

El matrimonio, como contrato i como sacramento, tiene dos fases perfectamente distintas i separadas aunque de una importancia i de una elevacion idénticas. Como contrato, sus efectos son pura i simplemente civiles; pura i simplemente religiosos como sacramento. La Iglesia tiene un perfecto derecho para bendecirlo o execrarlo, para cerrar o abrir las puertas del cielo a aquellos que lo celebran segun cumplan o nó con los requisitos por ella establecidos. El Estado, que es una institucion humana, no puede preocuparse mas que del carácter humano del acuerdo de dos voluntades. El uno debe dictaminar sobre su lejitimidad como en todos los contratos; la otra debe limitarse a darles o negarles su aprobacion para los efectos de ultratumba como en todos los actos del fuero interno.

La lei no toma en cuenta las opiniones religiosas de los que compran ni de los que venden, a pesar de que en tiempos no remotos la Iglesia habia establecido ciertas dificultades para que los judíos compracen o vendiesen. Se quiere únicamente que el matrimonio vuelva a la condicion jeneral de los contratos. Así verificado, busquen los contrayentes las bendiciones del párroco católico o del ministro protestante. Eso les abrirá o les cerrará las puertas del cielo; pero el Estado, que desgraciadamente solo se ocupa de los modestos negocios de este valle de lágrimas, nada tiene que hacer con la eternidad.

El liberalismo del señor arzobispo merece indudablemente nuestros aplausos mas sinceros. Ha llegado a poner en peligro su credojia; pero la proposicion del señor Reyes, como que es un primer paso dado en el camino de la lójica i de la verdad, merece tambien todas las simpatías del país, que desea aprobarla desde luego para completarla i perfeccionarla despues.

FANOR VELASCO.